

Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette

Don Bosco propone una narración detallada de la "Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette", ocurrida el 19 de septiembre de 1846, basada en documentos oficiales y en los testimonios de los videntes. Reconstruye el contexto histórico y geográfico – dos jóvenes pastores, Massimino y Melania, en los Alpes – el encuentro prodigioso con la Virgen, su mensaje de advertencia contra el pecado y la promesa de gracias y providencias, así como los signos sobrenaturales que acompañaron sus manifestaciones. Presenta los acontecimientos de la difusión del culto, la influencia espiritual sobre los habitantes y el mundo entero, y el secreto revelado solo a Pío IX para fortalecer la fe de los cristianos y testimoniar la presencia perpetua de los prodigios en la Iglesia.

Protesta del Autor

Para obedecer los decretos de Urbano VIII protesto que, en cuanto a lo que se dirá en el libro sobre milagros, revelaciones u otros hechos, no pretendo atribuirles otra autoridad que la humana; y al dar algún título de Santo o Beato, no lo hago sino según la opinión, excepto aquellas cosas y personas que ya han sido aprobadas por la Santa Sede Apostólica.

Al lector

Un hecho cierto y maravilloso, atestiguado por miles de personas y que todos pueden verificar aún hoy, es la aparición de la beata Virgen, ocurrida el 19 de septiembre de 1846 (sobre este hecho extraordinario se pueden consultar muchas pequeñas obras y varios periódicos impresos contemporáneamente al hecho, especialmente: Noticia sobre la aparición de María SS. Turín, 1847; Santo oficial de la aparición, etc., 1848; El librito impreso por cuidado del sacerdote Giuseppe Gonfalonieri, Novara, en Enrico Grotti).

Nuestra piadosa Madre apareció en forma y figura de gran Señora a dos pastores, un niño de 11 años y una joven campesina de 15 años, en una montaña de la cadena de los Alpes situada en la parroquia de La Salette en Francia. Y ella apareció no solo para el bien de Francia, como dice el Obispo de Grenoble, sino para el bien de todo el mundo; y esto para advertirnos de la gran ira de su Divino Hijo, encendida especialmente por tres pecados: la blasfemia, **la profanación de las fiestas y comer abundante en días prohibidos.**

A esto siguen otros hechos prodigiosos recogidos también de documentos públicos, o atestiguados por personas cuya fe excluye toda duda sobre lo que relatan.

Estos hechos deben servir para confirmar a los buenos en la religión, para refutar a aquellos que quizás por ignorancia quisieran poner un límite al poder y a la misericordia del Señor diciendo: Ya no es tiempo de milagros.

Jesús dijo que en su Iglesia se realizarían milagros mayores que los que Él hizo: y no fijó ni tiempo ni número, por lo que mientras exista la Iglesia, siempre veremos la mano del Señor manifestando su poder con acontecimientos prodigiosos, porque ayer, hoy y siempre Jesucristo será quien gobierne y asista a su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Pero estos signos sensibles de la Omnipotencia Divina son siempre presagio de graves acontecimientos que manifiestan la misericordia y bondad del Señor, o su justicia y su enojo, pero de modo que se obtenga su mayor gloria y el mayor beneficio para las almas.

Hagamos que para nosotros sean fuente de gracias y bendiciones; que sirvan de estímulo a la fe viva, fe operante, fe que nos mueva a hacer el bien y a huir del mal para hacernos dignos de su infinita misericordia en el tiempo y en la eternidad.

Aparición de la B. Virgen en las montañas de La Salette

Massimino, hijo de Pietro Giraud, carpintero del pueblo de Corps, era un niño de 11 años; Francesca Melania, hija de parientes pobres, natural de Corps, era una joven de

15 años. No tenían nada de singular: ambos ignorantes y rudos, ambos dedicados a cuidar el ganado en las montañas. Massimino no sabía más que el Padre Nuestro y el Ave María; Melania sabía un poco más, tanto que por su ignorancia aún no había sido admitida a la sagrada Comunión.

Mandados por sus padres a guiar el ganado a los pastos, no fue sino por puro accidente que el día 18 de septiembre, víspera del gran acontecimiento, se encontraron en la montaña mientras daban de beber a sus vacas en una fuente.

La tarde de ese día, al regresar a casa con el ganado, Melania le dijo a Massimino: «¿Quién será mañana el primero en estar en la montaña?» Y al día siguiente, 19 de septiembre, que era sábado, subieron juntos, llevando cada uno cuatro vacas y una cabra. El día era hermoso y sereno, el sol brillante. Hacia el mediodía, al oír sonar la campana del Ángelus, hicieron una breve oración con la señal de la santa Cruz; luego tomaron sus provisiones y fueron a comer junto a un pequeño manantial, que estaba a la izquierda de un arroyo. Terminada la comida, cruzaron el arroyo, dejaron sus sacos junto a una fuente seca, bajaron unos pasos más y, contra lo habitual, se durmieron a cierta distancia uno del otro.

Ahora escuchemos el relato de los mismos pastores tal como lo hicieron la noche del 19 a sus patronos y luego miles de veces a miles de personas.

Nos habíamos dormido... cuenta Melania, yo me desperté primero; y, al no ver mis vacas, desperté a Massimino diciéndole: Vamos a buscar nuestras vacas. Cruzamos el arroyo, subimos un poco y las vimos acostadas al otro lado. No estaban lejos. Entonces bajé; y a cinco o seis pasos antes de llegar al arroyo, vi un resplandor como el Sol, pero aún más brillante, aunque no del mismo color, y le dije a Massimino: Ven, ven rápido a ver allá abajo un resplandor (eran entre las dos y las tres de la tarde).

Massimino bajó inmediatamente diciéndome: ¿Dónde está ese resplandor? Y se lo señalé con el dedo hacia la pequeña

fuelle; y él se detuvo cuando lo vio. Entonces vimos a una Señora en medio de la luz; ella estaba sentada sobre un montón de piedras, con el rostro entre las manos. Por el miedo dejé caer mi bastón. Massimino me dijo: guárdalo, si ella nos hace algo, le daré un buen bastonazo.

Luego esta Señora se levantó, cruzó los brazos y nos dijo: «Acérquense, mis niños: No tengan miedo; estoy aquí para darles una gran noticia.» Entonces cruzamos el arroyo, y ella avanzó hasta el lugar donde antes nos habíamos dormido. Ella estaba en medio de nosotros dos, y nos dijo llorando todo el tiempo que nos habló (vi claramente sus lágrimas): «Si mi pueblo no quiere someterse, estoy obligada a dejar libre la mano de mi Hijo. Es tan fuerte, tan pesada, que ya no puedo retenerla.»

«Hace mucho tiempo que sufro por ustedes. Si quiero que mi Hijo no los abandone, debo rogarle constantemente; y ustedes no le prestan atención. Pueden orar y hacer bien, pero nunca podrán compensar la solicitud que he tenido por ustedes.»

«Les he dado seis días para trabajar, me he reservado el séptimo, y no quieren concedérmelo. Esto es lo que hace tan pesada la mano de mi Hijo.»

«Si las patatas se echan a perder, es por culpa de ustedes. Se los mostré el año pasado (1845); y no quisieron hacer caso, y, al encontrar patatas podridas, blasfemaban poniendo en medio el nombre de mi Hijo.»

«Seguirán echándose a perder, y este año para Navidad no tendrán más (1846).»

«Si tienen trigo no deben sembrarlo: todo lo que siembren será comido por los gusanos; y lo que nazca se convertirá en polvo cuando lo trillen.»

«Vendrá una gran hambruna» (De hecho ocurrió una gran hambruna en Francia, y en las calles se veían grandes grupos de mendigos hambrientos que iban de mil en mil por las ciudades pidiendo limosna; y mientras en Italia subía el precio del trigo a principios de la primavera de 1847, en Francia se sufrió gran hambre durante todo el invierno 46-47. Pero la verdadera escasez de alimentos, el verdadero hambre se vivió

en los desastres de la guerra de 1870-71. En París, un personaje importante ofreció a sus amigos un opíparo almuerzo de grasa en Viernes Santo. Pocos meses después, en esa misma ciudad, los ciudadanos más acomodados se vieron obligados a alimentarse con alimentos despreciables y carne de los animales más sucios. No pocos murieron de hambre.)

«Antes de que llegue la hambruna, los niños menores de siete años serán tomados por un temblor y morirán en manos de las personas que los cuiden; los demás harán penitencia por la hambruna.»

«Las nueces se echarán a perder, y las uvas se pudrirán...» (En 1849 las nueces se estropearon por todas partes; y en cuanto a las uvas, todos aún lamentan su daño y pérdida. Todos recuerdan el inmenso daño que la criptogama causó a la uva en toda Europa durante más de veinte años, desde 1849 hasta 1869).

«Si se convierten, las piedras y las rocas se convertirán en montones de trigo, y las patatas brotarán de la tierra misma.»

Luego nos dijo:

«¿Dicen bien sus oraciones, mis niños?»

Ambos respondimos: «No muy bien, Señora.»

«Ah, mis niños, deben decirlas bien por la mañana y por la noche. Cuando no tengan tiempo, digan al menos un Padre Nuestro y un Ave María; y cuando tengan tiempo, digan más.»

«A Misa solo van algunas mujeres viejas, y las demás trabajan los domingos todo el verano; y en invierno los jóvenes, cuando no saben qué hacer, van a Misa para ridiculizar la religión. En Cuaresma van a la carnicería como perros.»

Luego ella dijo: «¿No has visto, niño mío, trigo estropeado?»

Massimino respondió: «¡Oh, no, Señora!» Yo, sin saber a quién dirigía esa pregunta, respondí en voz baja:

«No, Señora, aún no he visto.»

«Debes haberlo visto, niño mío (dirigiéndose a Massimino), una vez cerca del territorio de Coin con tu padre. El dueño del campo le dijo a tu padre que fuera a ver su trigo estropeado; ustedes fueron ambos. Tomaron algunas espigas en sus manos, y al frotarlas se convirtieron todas en polvo, y regresaron.

Cuando aún estaban a media hora de Corps, tu padre te dio un trozo de pan y te dijo: Toma, hijo mío, come aún pan este año; no sé quién comerá el próximo año si el trigo sigue estropeándose así.»

Massimino respondió: «¡Oh, sí, Señora, ahora lo recuerdo; hace un momento no lo recordaba.»

Después esa Señora nos dijo: «Bien, mis niños, lo harán saber a todo mi pueblo.»

Luego cruzó el arroyo, y a dos pasos de distancia, sin volverse hacia nosotros, nos dijo de nuevo: «Bien, mis niños, lo harán saber a todo mi pueblo.»

Subió luego unos quince pasos, hasta el lugar donde habíamos ido a buscar nuestras vacas; pero caminaba sobre la hierba; sus pies apenas tocaban la cima. La seguimos; yo pasé delante de la Señora y Massimino un poco a un lado, a dos o tres pasos de distancia. Y la bella Señora se elevó así (Melania hace un gesto levantando la mano más de un metro); ella quedó suspendida en el aire un momento. Luego dirigió una mirada al Cielo, luego a la tierra; después ya no vimos la cabeza... ni los brazos... ni los pies... parecía que se disolvía; solo se vio un resplandor en el aire; y luego el resplandor desapareció.

Le dije a Massimino: «¿Será una gran santa?» Massimino me respondió: «¡Oh, si hubiéramos sabido que era una gran santa, le habríamos pedido que nos llevara con ella.» Y yo le dije: «¿Y si aún estuviera aquí?» Entonces Massimino extendió la mano para alcanzar un poco del resplandor, pero todo había desaparecido. Observamos bien para ver si aún la veíamos.

Y dije: Ella no quiere mostrarse para no hacernos saber a dónde va. Después de eso seguimos a nuestras vacas.»

Este es el relato de Melania; quien, interrogada sobre cómo estaba vestida esa Señora, respondió:

«Tenía zapatos blancos con rosas alrededor... había de todos los colores; tenía medias amarillas, un delantal amarillo, un vestido blanco todo cubierto de perlas, un pañuelo blanco en el cuello bordeado de rosas, una cofia alta un poco caída

adelante con una corona de rosas alrededor. Tenía una cadenita, a la que colgaba una cruz con su Cristo: a la derecha unas tenazas, a la izquierda un martillo; en el extremo de la cruz colgaba otra gran cadena, como las rosas alrededor de su pañuelo de cuello. Tenía el rostro blanco, alargado; no podía mirarla mucho tiempo porque deslumbraba.»

Interrogado por separado, Massimino hace el mismo relato, sin ninguna variación, ni en sustancia ni en forma; por lo que nos abstenemos de repetirlo aquí.

Fueron infinitas y extravagantes las preguntas insidiosas que les hicieron, especialmente durante dos años, y bajo interrogatorios de 5, 6, 7 horas seguidas con la intención de incomodarlos, confundirlos, hacerlos contradecirse. Ciertamente, quizás ningún reo fue sometido por tribunales de justicia a tantas dificultades e interrogatorios sobre un delito que se le imputaba.

Secreto de los dos pastorcitos

Justo después de la aparición, Maximino y Melania, al regresar a casa, se preguntaron entre ellos por qué la gran Dama, después de haber dicho «las uvas se pudrirán», tardó un poco en hablar y solo movía los labios sin que se entendiera lo que decía.

Al interrogarse mutuamente sobre esto, Maximino le dijo a Melania: «A mí me dijo algo, pero me prohibió decírtelo.» Ambos se dieron cuenta de que habían recibido de la Señora, cada uno por separado, un secreto con la prohibición de no contarlo a nadie. Ahora piensa tú, lector, si los niños pueden guardar silencio.

Es increíble decir cuánto se ha hecho y se ha intentado para sacarles de alguna manera ese secreto. Sorprende leer los miles y miles de intentos realizados para este fin por cientos y cientos de personas durante veinte años. Oraciones, sorpresas, amenazas, insultos, regalos y seducciones de todo tipo, todo fue en vano; ellos son impenetrables.

El obispo de Grenoble, un hombre octogenario, creyó que debía ordenar a los dos niños privilegiados que al menos hicieran

llegar su secreto al santo Padre, Pío IX. Al nombre del Vicario de Jesucristo, los dos pastorcitos obedecieron prontamente y se decidieron a revelar un secreto que hasta entonces nada había podido arrancarles de la boca. Lo escribieron ellos mismos (desde el día de la aparición habían sido instruidos, cada uno por separado); luego doblaron y sellaron su carta; y todo esto en presencia de personas respetables, elegidas por el mismo obispo para servirles de testigos. Luego el obispo envió a dos sacerdotes a llevar a Roma este misterioso mensaje.

El 18 de julio de 1851 entregaron a Su Santidad Pío IX tres cartas: una del Monseñor obispo de Grenoble, que acreditaba a estos dos enviados, y las otras dos contenían el secreto de los dos jóvenes de La Salette; cada uno había escrito y sellado la carta que contenía su secreto en presencia de testigos que declararon la autenticidad de las mismas en el sobre.

Su Santidad abrió las cartas y, al comenzar a leer la de Maximino, dijo: «Tiene realmente la candidez y la sencillez de un niño.» Durante esa lectura se manifestó en el rostro del Santo Padre cierta emoción; se le contrajeron los labios, se le hincharon las mejillas. «Se trata, dijo el Papa a los dos sacerdotes, de flagelos con los que Francia está amenazada. No solo ella es culpable, también lo son Alemania, Italia, toda Europa, y merecen castigos. Temo mucho la indiferencia religiosa y el respeto humano.»

Concurso en La Salette

La fuente, junto a la cual se había descansado la Señora, es decir, la V. María, estaba, como dijimos, seca; y, según todos los pastores y campesinos de esos alrededores, no daba agua sino después de abundantes lluvias y del deshielo. Ahora bien, esta fuente, seca el mismo día de la aparición, al día siguiente comenzó a brotar, y desde entonces el agua corre clara y limpia sin interrupción.

Esa montaña desnuda, escarpada, desierta, habitada por pastores apenas cuatro meses al año, se ha convertido en el

escenario de una inmensa concurrencia de gente. Poblaciones enteras acuden de todas partes a esa montaña privilegiada; y llorando de ternura, y cantando himnos y cánticos, se les ve inclinar la frente sobre esa tierra bendecida, donde resonó la voz de María: se les ve besar respetuosamente el lugar santificado por los pies de María; y descienden llenos de alegría, confianza y gratitud.

Cada día un número inmenso de fieles va devotamente a visitar el lugar del prodigio. En el primer aniversario de la aparición (19 de septiembre de 1847), más de setenta mil peregrinos de todas las edades, sexos, condiciones e incluso de todas las naciones cubrían la superficie de ese terreno...

Pero lo que hace sentir aún más el poder de esa voz venida del Cielo es que se produjo un cambio admirable de costumbres en los habitantes de Corps, de La Salette, de todo el cantón y de todos los alrededores, y en lugares lejanos aún se difunde y propaga... Han dejado de trabajar los domingos: han abandonado la blasfemia... Asisten a la Iglesia, acuden a la voz de sus pastores, se acercan a los santos sacramentos, cumplen con edificación el precepto de la Pascua, hasta entonces generalmente descuidado. Callo las muchas y resonantes conversiones, y las gracias extraordinarias en el orden espiritual.

En el lugar de la aparición se alza ahora una majestuosa iglesia con un edificio vastísimo, donde los viajeros, después de haber satisfecho su devoción, pueden descansar cómodamente e incluso pasar la noche a su gusto.

Después del hecho de La Salette, Melania fue enviada a la escuela con un progreso maravilloso en la ciencia y en la virtud. Pero siempre se sintió tan encendida de devoción hacia la B. V. María, que decidió consagrarse totalmente a Ella. Entró de hecho en las carmelitas descalzas entre quienes, según el periódico Echo de Fourvière del 22 de octubre de 1870, habría sido llamada al cielo por la santa Virgen. Poco antes de morir escribió la siguiente carta a su madre.

11 de septiembre de 1870.

Queridísima y amantísima madre,

Que Jesús sea amado por todos los corazones. – Esta carta no es solo para usted, sino para todos los habitantes de mi querido pueblo de Corps. Un padre de familia, muy amoroso hacia sus hijos, al ver que olvidaban sus deberes, que despreciaban la ley impuesta por Dios, que se volvían ingratos, decidió castigarlos severamente. La esposa del padre de familia pedía gracia, y al mismo tiempo se dirigía a los dos hijos más jóvenes del padre de familia, es decir, los dos más débiles e ignorantes. La esposa que no puede llorar en la casa de su esposo (que es el Cielo) encuentra en los campos de estos miserables hijos lágrimas en abundancia: expone sus temores y amenazas si no se vuelven atrás, si no observan la ley del amo de casa. Un número muy pequeño de personas abraza la reforma del corazón y comienza a observar la santa ley del padre de familia; pero ¡ay! la mayoría permanece en el delito y se sumerge cada vez más en él. Entonces el padre de familia envía castigos para castigarlos y sacarlos de ese estado de endurecimiento. Estos hijos desgraciados piensan que pueden escapar al castigo, agarran y rompen las varas que los golpean, en lugar de caer de rodillas, pedir gracia y misericordia, y especialmente prometer cambiar de vida. Finalmente, el padre de familia, aún más irritado, toma una vara aún más fuerte y golpea y seguirá golpeando hasta que se reconozca, se humillen y pidan misericordia a Aquel que reina en la tierra y en los cielos.

Ustedes me han entendido, querida madre y queridos habitantes de Corps: este padre de familia es Dios. Todos somos sus hijos; ni yo ni ustedes lo hemos amado como deberíamos; no hemos cumplido, como convenía, sus mandamientos: ahora Dios nos castiga. Un gran número de nuestros hermanos soldados mueren, familias y ciudades enteras están reducidas a la miseria; y si no nos volvemos a Dios, no terminará. París es muy culpable porque ha premiado a un hombre malo que escribió

contra la divinidad de Jesucristo. Los hombres tienen solo un tiempo para cometer pecados; pero Dios es eterno y castiga a los pecadores. Dios está irritado por la multitud de pecados y porque es casi desconocido y olvidado. Ahora, ¿quién podrá detener la guerra que hace tanto daño en Francia y que pronto comenzará de nuevo en Italia? etc., etc. ¿Quién podrá detener este flagelo?

Es necesario 1º que Francia reconozca que en esta guerra está únicamente la mano de Dios; 2º que se humille y pida con mente y corazón perdón por sus pecados; que prometa sinceramente servir a Dios con mente y corazón, y obedecer sus mandamientos sin respeto humano. Algunos rezan, piden a Dios el triunfo de nosotros los franceses. No, no es eso lo que quiere el buen Dios: quiere la conversión de los franceses. La Santísima Virgen ha venido a Francia, y esta no se ha convertido: por eso es más culpable que otras naciones; si no se humilla, será grandemente humillada. París, ese hogar de la vanidad y el orgullo, ¿quién podrá salvarla si no se elevan fervientes oraciones al corazón del buen Maestro?

Recuerdo, querida madre y queridos habitantes, de mi querido pueblo, recuerdo aquellas devotas procesiones que hacían en el sagrado monte de La Salette, para que la ira de Dios no golpeará su pueblo. La Santísima Virgen escuchó sus fervientes oraciones, sus penitencias y todo lo que hicieron por amor a Dios. Pienso y espero que actualmente deben hacer aún más hermosas procesiones por la salvación de Francia; es decir, para que Francia vuelva a Dios, porque Dios no espera más que eso para retirar la vara con la que castiga a su pueblo rebelde. Oremos mucho, sí, oremos; hagan sus procesiones, como las hicieron en 1846 y 47: crean que Dios siempre escucha las oraciones sinceras de los corazones humildes. Oremos mucho, oremos siempre. Nunca he amado a Napoleón, porque recuerdo toda su vida. ¡Que el divino Salvador le perdone todo el mal que hizo; y que aún hace!

Recordemos que fuimos creados para amar y servir a Dios, y que fuera de esto no hay verdadera felicidad. Las madres críen cristianamente a sus hijos, porque el tiempo de las

tribulaciones no ha terminado. Si les revelara el número y la calidad de ellas, quedarían horrorizados. Pero no quiero asustarlos; tengan confianza en Dios, que nos ama infinitamente más de lo que nosotros podemos amarlo. Oremos, oremos, y la buena, divina y tierna Virgen María siempre estará con nosotros: la oración desarma la ira de Dios; la oración es la llave del Paraíso.

Oremos por nuestros pobres soldados, oremos por tantas madres desoladas por la pérdida de sus hijos, consagremos nosotros mismos a nuestra buena Madre celestial: oremos por esos ciegos que no ven que es la mano de Dios la que ahora golpea a Francia. Oremos mucho y hagamos penitencia. Manténganse todos unidos a la santa Iglesia y a nuestro Santo Padre que es su Cabeza visible y el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. En sus procesiones, en sus penitencias, oren mucho por él. Finalmente manténganse en paz, ámense como hermanos, prometiendo a Dios observar sus mandamientos y cumplirlos de verdad. Y por la misericordia de Dios serán felices y tendrán una buena y santa muerte, que deseo para todos poniéndolos bajo la protección de la augustísima Virgen María. Abrazo de corazón (a los familiares). Mi salud está en la Cruz. El corazón de Jesús vela por mí.

María de la Cruz, víctima de Jesús

Primera parte de la publicación "Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette con otros hechos prodigiosos, recogidos de documentos públicos por el sacerdote Giovanni Bosco", Turín, Imprenta del Oratorio de San Francisco de Sales, 1871

Corona de los siete dolores de María

La publicación "Corona de los siete dolores de María" representa una devoción querida que san Juan Bosco inculcaba a sus jóvenes. Siguiendo la estructura del "Vía Crucis", las siete escenas dolorosas se presentan con breves consideraciones y oraciones, para guiar a una participación más viva en los sufrimientos de María y de su Hijo. Rico en imágenes afectivas y espiritualidad contrita, el texto refleja el deseo de unirse a la Dolorosa en la compasión redentora. Las indulgencias concedidas por varios Pontífices atestiguan el alto valor pastoral del texto, que es un pequeño tesoro de oración y reflexión para alimentar el amor hacia la Madre de los dolores.

Prólogo

El fin principal de esta pequeña obra es facilitar el recuerdo y la meditación de los más amargos Dolores del tierno Corazón de María, cosa que a Ella le agrada mucho, como ha revelado varias veces a sus devotos, y un medio muy eficaz para nosotros para obtener su patrocinio.

Para que sea más fácil el ejercicio de tal meditación, se practicará primero con un rosario en el que se mencionan los siete principales dolores de María, que luego se podrán meditar en siete breves consideraciones distintas, de la manera que se suele hacer en el *Vía Crucis*.

Que el Señor nos acompañe con su gracia celestial y bendición para que se logre el deseado propósito, de modo que el alma de cada uno quede vivamente penetrada por la frecuente memoria de los dolores de María con beneficio espiritual para el alma, y todo para mayor gloria de Dios.

Corona de los siete dolores de la Bienaventurada Virgen María con siete breves consideraciones sobre los mismos expuestas en forma del Vía Crucis

Preparación

Queridos hermanos y hermanas en Jesucristo, hacemos nuestros ejercicios habituales meditando devotamente los más amargos dolores que la Bienaventurada Virgen María padeció en la vida y muerte de su amado Hijo y nuestro Divino Salvador. Imaginémonos presentes junto a Jesús colgado en la cruz, y que su afligida madre nos diga a cada uno: Venid y ved si hay dolor igual al mío.

Persuadidos de que esta Madre piadosa quiere concedernos especial protección al meditar sus dolores, invoquemos la ayuda divina con las siguientes oraciones:

Antífona: Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

*Envía tu Espíritu y serán creados
Y renovarás la faz de la tierra.
Acuérdate de tu congregación,
Que poseíste desde el principio.
Señor, escucha mi oración.
Y llegue a ti mi clamor.*

Oremos.

Ilumina, te rogamos, Señor, nuestras mentes con la claridad de tu luz, para que podamos ver lo que debe hacerse y podamos actuar rectamente. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Primer dolor. Profecía de Simeón

El primer dolor fue cuando la Bienaventurada Virgen Madre de Dios, habiendo presentado a su único Hijo en el Templo en brazos del santo anciano Simeón, recibió de él la palabra: esta será una espada que atravesará tu alma, lo que indicaba la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Virgen dolorosa, por aquella agudísima espada con la que

el santo anciano Simeón te predijo que sería traspasada tu alma en la pasión y muerte de tu querido Jesús, te suplico me concedas la gracia de tener siempre presente la memoria de tu corazón traspasado y de los amargos sufrimientos padecidos por tu Hijo por mi salvación. Así sea.

Segundo dolor. Huida a Egipto

El segundo dolor de la Bienaventurada Virgen fue cuando tuvo que huir a Egipto por la persecución del cruel Herodes, que impiamente buscaba matar a su amado Hijo.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, María, mar amarguísimo de lágrimas, por aquel dolor que sentiste huyendo a Egipto para asegurar a tu Hijo de la bárbara crueldad de Herodes, te suplico que quieras ser mi guía, para que por medio tuyo quede libre de las persecuciones de los enemigos visibles e invisibles de mi alma. Así sea.

Tercer dolor. Pérdida de Jesús en el templo

El tercer dolor de la Bienaventurada Virgen fue cuando en tiempo de Pascua, después de haber estado con su esposo José y con el amado hijo Jesús Salvador en Jerusalén, al regresar a su pobre casa, lo perdió y durante tres días continuos suspiró por la pérdida de su único Amado.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Madre desconsolada, tú que en la pérdida de la presencia corporal de tu Hijo lo buscaste ansiosamente durante tres días continuos, ¡oh!, obtén gracia para todos los pecadores para que también ellos lo busquen con actos de contrición y lo encuentren. Así sea.

Cuarto dolor. Encuentro de Jesús que lleva la cruz

El cuarto dolor de la Bienaventurada Virgen fue cuando se encontró con su dulcísimo Hijo que llevaba una pesada cruz sobre sus delicados hombros hacia el Monte Calvario para ser

crucificado por nuestra salvación.
Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Virgen más apasionada que ninguna otra, por aquel espasmo que sentiste en el corazón al encontrarte con tu Hijo mientras llevaba el madero de la Santísima Cruz hacia el Monte Calvario, haz, te ruego, que yo lo acompañe siempre con el pensamiento, llore mis culpas, causa manifiesta de sus y vuestros tormentos. Así sea.

Quinto dolor. Crucifixión de Jesús

El quinto dolor de la Bienaventurada Virgen fue cuando vio a su Hijo levantado sobre el duro tronco de la Cruz, que de todas partes de su Santísimo Cuerpo derramaba sangre.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Rosa entre las espinas, por aquellos amargos dolores que traspasaron tu pecho al contemplar con tus propios ojos a tu Hijo traspasado y levantado en la Cruz, obtén para mí, te ruego, que con meditaciones asiduas solo busque a Jesús crucificado por mis pecados. Así sea.

Sexto dolor. Descendimiento de Jesús de la cruz

El sexto dolor de la Bienaventurada Virgen fue cuando su amado Hijo, herido en el costado después de su muerte y bajado de la Cruz, así cruelmente muerto, fue puesto entre sus Santísimas brazos.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Virgen afligida, tú que, derrotado en la Cruz tu Hijo, lo recibiste muerto en tu regazo, y besando aquellas santísimas llagas, derramaste sobre ellas un mar de lágrimas, ¡oh!, haz que también yo con lágrimas de verdadera compunción lave continuamente las heridas mortales que me causaron mis

pecados. Así sea.

Séptimo dolor. Sepultura de Jesús

El séptimo dolor de María Virgen Señora y Abogada de nosotros sus siervos y miserables pecadores fue cuando acompañó el Santísimo Cuerpo de su Hijo a la sepultura.

Un Padre Nuestro y siete Ave Marías.

Oración

Oh, Mártir de los Mártires María, por aquel acerbo tormento que sufriste cuando, sepultado tu Hijo, tuviste que alejarte de aquella tumba amada, obtén gracia, te ruego, para todos los pecadores, para que conozcan cuán grave daño es para el alma estar lejos de su Dios. Así sea.

Se rezarán tres *Ave Marías* en señal de profundo respeto a las lágrimas que derramó la Bienaventurada Virgen en todos sus Dolores para obtener por medio suyo un llanto semejante por nuestros pecados.

Ave María etc.

Terminada la Corona se recita el llanto de la Bienaventurada Virgen, es decir, el himno *Stabat Mater* etc.

Himno – Llanto de la Bienaventurada Virgen María

Stabat Mater dolorosa
Iuxta crucem lacrymosa,
Dum pendebat Filius.
Cuius animam gementem
Contristatam et dolentem
Pertransiuit gladius.
O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater unigeniti!
Quae moerebat, et dolebat,
Pia Mater dum videbat,
Nati poenas inclyti.
Quis est homo, qui non fletet,
Matrem Christi si videret
In tanto supplicio?
Quis non posset contristari,
Christi Matrem contemplari
Dolentem cum filio?
Pro peccatis suae gentis
Vidit Iesum in tormentis
Et flagellis subditum.
Vidit suum dulcem natura
Moriendo desolatum,
Dum emisit spiritum.
Eia mater fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac, ut tecum lugeam.
Fac ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaceam.
Sancta Mater istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.
Tui nati vulnerati
Tam dignati pro me pati
Poenas mecum divide.
Fac me tecum pie flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.
Iuxta Crucem tecum stare,
Et me tibi sociare
In planctu desidero.
Virgo virginum praeclara,
Mihi iam non sia amara,
Fac me tecum plangere.
Fac ut portem Christi mortem,
Passionis fac consortem,
Et plagas recolere.
Fac me plagis vulnerari,
Fac me cruce inebriari,
Et cruore Filii.
Flammis ne urar succensus,
Per te, Virgo, sim defensus
In die Iudicii.
Christe, cum sit hinc exire,
Da per matrem me venire
Ad palmam victoriae.
Quando corpus morietur,
Fac ut animae donetur
Paradisi gloria. Amen.

Estaba la Madre dolorosa,
llorando junto a la Cruz,
de la que penda su Hijo.
Su alma quejumbrosa,
apesadumbrada y gimiente,
atravesada por una espalda.
Que triste y afligida,
estaba la bendita Madre
del Hijo Unigénito!
Se lamentaba y afligida
y temblaba viendo sufrir
a su Divino Hijo.
Qu hombre no llorara
viendo a la Madre de Cristo
en tan gran suplicio?
Quien no se entristecerá,
al contemplar a la querida Madre,
sufriendo con su Hijo?
Por los pecados de su pueblo,
vio a Jess en el tormento,
y sometido a azotes.
Ella vio a su dulce Hijo
entregar el espíritu
y morir desamparado.
Madre, fuente de amor,
hazme sentir todo tu dolor
para que llore contigo!
Haz que arda mi corazón
en el amor a Cristo Señor,
para que as le complazca.
Santa Mara, hazlo as!,
Graba las heridas del Crucificado
profundamente en mi corazón.
Comparte conmigo las penas
de tu Hijo querido, que se ha dignado
a sufrir la pasión por mí.
Haz que llore contigo,
que sufra con el Crucificado
mientras viva.
Deseo permanecer contigo,
cerca de la Cruz,
y compartir tu dolor.
Virgen excelsa entre las vírgenes,
no seas amarga conmigo,
haz que contigo me lamente.
Haz que soporte la muerte de Cristo,
haz que comparta Su pasión
y contemple Sus heridas.
Haz que sus heridas me hieran,
embriagadas por esta Cruz,
y por el amor de tu Hijo.
Inflamado y ardiendo,
que sea por ti defendido, oh Virgen,
en el da del Juicio.
Haz que sea protegido por la Cruz,
fortificado por la muerte de Cristo,
fortalecido por la gracia.
Cuando muera mi cuerpo,
haz que se conceda a mi alma
la gloria del paraíso.

El Sumo Pontífice Inocencio XI concede la indulgencia de 100 días cada vez que se reza el *Stabat Mater*. Benedicto XIII otorgó la indulgencia de siete años a quien recite la Corona de los siete dolores de María. Muchísimas otras indulgencias fueron concedidas por otros sumos Pontífices, especialmente a los Hermanos y Hermanas de la compañía de María Dolorosa.

Los siete dolores de María meditados en forma del Vía Crucis

Se invoque la ayuda divina diciendo:

Actiones nostras, quaesumus Domine, aspirando praeveni, et adiuvando prosequere, ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te coepta finiatur. Per Christum Dominum Nostrum. Amen.

Acto de Contrición

¡Muy afligida Virgen! ¡Ay! ¡Cuán ingrato he sido en el tiempo pasado hacia mi Dios, con cuánta ingratitud he correspondido a sus innumerables beneficios! Ahora me arrepiento, y en la amargura de mi corazón y en el llanto de mi alma, le pido humildemente perdón por haber ultrajado su infinita bondad, resolviendo en adelante, con la gracia celestial, no ofenderle jamás más. ¡Oh! Por todos los dolores que soportaste en la bárbara pasión de tu amado Jesús, te ruego con los suspiros más profundos que me obtengas de Él piedad y misericordia por mis pecados. Acepta este santo ejercicio que estoy por hacer y recíbelo en unión con aquellos padecimientos y dolores que sufriste por tu hijo Jesús. ¡Ah, concédemelo! Sí, concédemelo para que esas mismas espadas que traspasaron tu espíritu, atraviesen también el mío, y que viva y muera en la amistad de mi Señor, para participar eternamente de la gloria que Él me ha ganado con su precioso Sangre. Así sea.

Primer dolor

En este primer dolor imaginémosnos encontrarnos en el templo de Jerusalén, donde la Santísima Virgen escuchó la profecía del anciano Simeón.

Meditación

¡Ah! ¿Qué angustias habrá sentido el corazón de María al escuchar las dolorosas palabras con que el santo anciano Simeón le predijo la amarga pasión y la atroz muerte de su dulcísimo Jesús? Mientras en ese mismo instante se le presentaron en la mente los ultrajes, los tormentos y las matanzas que los impíos judíos harían al Redentor del mundo. Pero ¿sabes cuál fue la espada más penetrante que en esta circunstancia la traspasó? Fue considerar la ingratitud con que su amado Hijo sería correspondido por los hombres. Ahora, reflexionando que, por causa de tus pecados, miserablemente estás entre esos tales, ¡ah! échate a los pies de esta Madre Dolorosa y dile llorando así (cada uno se arrodilla): ¡Oh! Virgen piadosísima, que sufriste un tan acerbo espasmo en tu espíritu al ver el abuso que yo, criatura indigna, habría hecho de la sangre de tu amado Hijo, haz, sí haz por tu muy afligido Corazón, que en adelante corresponda a las Divinas Misericordias, aproveche las gracias celestiales, no reciba en vano tantas luces y tantas inspiraciones que te dignarás obtener para mí, para que tenga la suerte de estar entre aquellos por quienes la amarga pasión de Jesús sea de eterna salvación. Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Segundo dolor

En este segundo dolor consideremos el penosísimo viaje que la Virgen hizo hacia Egipto para liberar a Jesús de la cruel persecución de Herodes.

Meditación

Considera el amargo dolor que habrá sentido María cuando de noche tuvo que ponerse en camino por orden del Ángel para preservar a su Hijo de la matanza ordenada por aquel fiero Príncipe. ¡Ah! que a cada grito de animal, a cada soplo de viento, a cada movimiento de hoja que escuchaba por aquellas calles desiertas se llenaba de miedo por temor a algún daño al

niño Jesús que llevaba consigo. Ahora se volvía de un lado, ahora del otro, a veces aceleraba el paso, ahora se escondía creyendo que la habían alcanzado los soldados, que arrancándola de sus brazos a su amadísimo Hijo le harían bajo su mirada un trato bárbaro, y fijando la mirada llorosa sobre su Jesús y apretándolo fuertemente al pecho, dándole mil besos, enviaba desde el corazón los suspiros más angustiosos. Y aquí reflexiona cuántas veces has renovado este acerbo dolor a María forzando a su Hijo con tus graves pecados a huir de tu alma. Ahora que conoces el gran mal cometido, vuélvete arrepentido a esta piadosa Madre y dile así:

¡Ah, Madre dulcísima! Una vez Herodes os obligó a ti y a tu Jesús a huir por la inhumana persecución ordenada por él; pero yo, ¡oh!, cuántas veces obligué a mi Redentor y por consiguiente a ti también a salir rápidamente de mi corazón, introduciendo en él el maldito pecado, despiadado enemigo tuyo y de mi Dios. ¡Oh! todo doliente y contrito te pido humildemente perdón.

Sí, misericordia, oh querida Madre, misericordia, y te prometo en adelante, con la ayuda divina, mantener siempre a mi Salvador y a ti en el total dominio de mi alma. Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Tercer dolor

En este tercer dolor consideremos a la muy afligida Virgen que, llorosa, va en busca de su perdido Jesús.

Meditación

¡Cuán grande fue el dolor de María cuando se dio cuenta de haber perdido a su amado Hijo! y cómo aumentó su pena cuando, habiéndolo buscado diligentemente entre amigos, parientes y vecinos, no pudo tener noticia alguna de Él. Ella, sin atender a las incomodidades, al cansancio, a los peligros, vagó tres días continuos por las comarcas de Judea, repitiendo aquellas

palabras de desolación: ¿acaso alguien ha visto a aquel que verdaderamente ama mi alma? ¡Ah! la gran ansiedad con que lo buscaba le hacía imaginar en cada momento verlo o escuchar su voz; pero luego, al darse cuenta de la decepción, ¡oh!, cómo se horrorizaba y sentía más intensamente el pesar de tan deplorable pérdida. Gran confusión para ti, pecador, que habiendo perdido tantas veces a tu Jesús con tus graves faltas, no te has preocupado en buscarlo, claro signo de que poco o nada valoras el precioso tesoro de la Divina amistad. Lloras, pues, tu ceguera, y volviéndote a esta Madre Dolorosa, dile suspirando así:

¡Muy afligida Virgen! Haz que aprenda de ti el verdadero modo de buscar a Jesús que he perdido por seguir mis pasiones y las iniquidades del demonio, para que logre encontrarlo, y cuando lo haya recuperado, repita continuamente tus palabras: He encontrado a aquel que verdaderamente ama mi corazón; lo retendré siempre conmigo, y nunca más lo dejaré partir. Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Cuarto dolor

En el cuarto dolor consideremos el encuentro que tuvo la Virgen Dolorosa con su apasionado Hijo.

Meditación

Venid, corazones endurecidos, y ved si podéis soportar este espectáculo tan lloroso. Es una madre la más tierna, la más amorosa, que encuentra a su Hijo el más dulce, el más amable; ¿y cómo lo encuentra? ¡Oh, Dios! en medio de la más impía chusma que lo arrastra cruelmente a la muerte, cargado de heridas, goteando sangre, desgarrado por las heridas, con una corona de espinas en la cabeza y con un tronco pesado sobre los hombros, fatigado, jadeante, débil, que parece a cada paso querer exhalar el último suspiro.

¡Ah! considera, alma mía, la detención mortal que hace la

Santísima Virgen al primer vistazo que fija sobre su atormentado Jesús; quisiera darle el último adiós, pero ¿cómo, si el dolor le impide pronunciar palabra? Quisiera arrojarse a su cuello, pero queda inmóvil y petrificada por la fuerza de la aflicción interna; quisiera desahogarse con el llanto, pero siente el corazón tan cerrado y oprimido que no logra derramar una lágrima. ¡Oh! ¿y quién puede contener las lágrimas al ver a una pobre Madre sumida en tan gran aflicción? Pero ¿quién es la causa de tan acerbo dolor? ¡Ah, soy yo, sí, soy yo con mis pecados que he hecho tan bárbara herida a tu tierno corazón, oh Virgen Dolorosa! ¿Quién lo creería? Permanezco insensible sin conmoverme en absoluto. Pero si fui ingrato en el pasado, en adelante no lo seré más.

Mientras tanto, postrado a tus pies, oh Virgen Santísima, te pido humildemente perdón por tanto pesar que te he causado. Lo sé y lo confieso, que no merezco piedad, siendo yo la verdadera causa por la que caíste en dolor al encontrar a tu Jesús todo cubierto de heridas; pero recuerda, sí recuerda que eres madre de misericordia. ¡Ah, muéstrate tal hacia mí, que te prometo en adelante ser más fiel a mi Redentor, y así compensar tantos disgustos que he dado a tu muy afligido espíritu! Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Quinto dolor

En este quinto dolor imaginémonos encontrarnos en el Monte Calvario donde la muy afligida Virgen vio expirar en la Cruz a su amado Hijo.

Meditación

Aquí estamos en el Calvario donde ya están levantados dos altares de sacrificio, uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María. ¡Oh espectáculo funesto! Contemplamos a la Madre ahogada en un mar de aflicciones al ver arrebatada por la muerte despiadada a la querida y amable criatura de sus entrañas. ¡Ay de mí! Cada martillazo, cada herida, cada

desgarradura que recibe el Salvador sobre su carne, resuena profundamente en el corazón de la Virgen. Ella está a los pies de la Cruz tan penetrada por el dolor y traspasada por el duelo que no sabrías decidir quién será el primero en expirar, si Jesús o María. Fija la mirada en el rostro agonizante de su Hijo, contempla las pupilas languideciendo, el rostro pálido, los labios lívidos, la respiración dificultosa y finalmente sabe que ya no vive y que ha entregado el espíritu en el seno de su eterno Padre. ¡Ah, qué esfuerzo hace entonces su alma por separarse del cuerpo y unirse a la de Jesús! ¿Y quién puede soportar tal vista?

Oh Madre dolorosísima, tú en lugar de retirarte del Calvario para no sentir tan vivamente las angustias, permaneces inmóvil para absorber hasta la última gota el amargo cáliz de tus aflicciones. ¡Qué confusión debe ser esta para mí que busco todos los medios para evitar las cruces y esos pequeños sufrimientos que por mi bien el Señor se digna enviarme! Virgen dolorosísima, me humillo ante ti, ¡oh! haz que conozca una vez claramente el valor y el gran mérito del padecer, para que me tome tanto apego que nunca me canse de exclamar con San Francisco Javier: Plus Domine, Plus Domine, más sufrir, Dios mío. ¡Ah sí, más sufrir, oh Dios mío! Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Sexto dolor

En este sexto dolor imaginémonos ver a la Virgen desconsolada que recibe en sus brazos a su Hijo muerto bajado de la Cruz.

Meditación

Considera el amargo dolor que penetró el alma de María cuando vio en su seno el cuerpo muerto de su amado Jesús. ¡Ah! Al fijar la mirada sobre sus heridas y llagas, al mirarlo teñido de su propia sangre, fue tal el ímpetu del dolor interior que su corazón fue mortalmente traspasado, y si no murió fue la omnipotencia divina la que la conservó con vida. ¡Oh pobre

Madre, sí, pobre madre, que llevas a la tumba al querido objeto de tus más tiernas complacencias, y que de un ramo de rosas se ha convertido en un manojo de espinas por los malos tratos y desgarraduras hechas por los impíos malhechores! ¿Y quién no te compadecerá? ¿Quién no se sentirá desgarrado por el dolor al verte en un estado de aflicción que conmueve hasta la piedra más dura? Contemplo a Juan inconsolable, a Magdalena con las otras Marías que lloran amargamente, a Nicodemo que ya no puede soportar el dolor. ¿Y yo? ¡Yo solo no derramo una lágrima en medio de tanto duelo! ¡Ingrato e ingrato que soy! ¡Oh, Madre piadosísima, aquí estoy a tus pies, recíbeme bajo tu poderosa protección y haz que este mi corazón quede traspasado por esa misma espada que atravesó de parte a parte tu muy afligido espíritu, para que se ablande una vez y lllore de verdad mis graves pecados que te han causado tan cruel martirio! Y así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Séptimo dolor

En este séptimo dolor consideremos a la Virgen dolorosísima que ve cerrar en el sepulcro a su Hijo muerto.

Meditación

Considera qué suspiro mortal lanzó el afligido corazón de María cuando vio puesto en la tumba a su amado Jesús. ¡Oh qué pena, qué duelo sintió su espíritu cuando se levantó la piedra con que se debía cerrar aquel sacratísimo monumento! No era posible despegarla del borde del sepulcro, mientras el dolor era tal que la volvía insensible e inmóvil, sin cesar de contemplar aquellas llagas y aquellas crueles heridas. Cuando luego se cerró la tumba, entonces sí que fue tan fuerte la fuerza del dolor interior que sin duda habría caído muerta si Dios no la hubiera conservado con vida. ¡Oh madre tan afligida! Ahora partirás con el cuerpo de este lugar, pero aquí seguramente quedará tu corazón, siendo aquí tu verdadero

tesoro. ¡Ah destino, que en compañía de él quede todo nuestro afecto, todo nuestro amor, allí cómo podrá ser que no nos consumamos de benevolencia hacia el Salvador que dio toda su sangre por nuestra salvación? ¿Cómo podrá ser que no te amemos a ti que tanto sufriste por nuestra causa?

Ahora nosotros, dolientes y arrepentidos de haber causado tantos dolores a tu Hijo y a ti tanta amargura, nos postramos a tus pies y por todos esos dolores que nos hiciste la gracia de meditar, concédenos este favor: que la memoria de los mismos quede siempre vivamente impresa en nuestra mente, que se consuman nuestros corazones por amor a nuestro buen Dios y a ti, nuestra dulcísima Madre, y que el último suspiro de nuestra vida se una a los que derramaste desde lo más profundo de tu alma en la dolorosa pasión de Jesús, a quien sea honor, gloria y acción de gracias por todos los siglos de los siglos. Así sea. *Ave María etc. Gloria Patri etc.*

María, dulce bien mío,
Graba en mi corazón tus penas.

Luego se dice el *Stabat Mater*, como arriba.

Antífona. Tuam ipsius animam (ait ad Mariam Simeon) pertransiet gladius.

Ora por nosotros, Virgen Dolorosísima.

Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos

Dios, en cuya pasión según la profecía de Simeón, la dulcísima alma de la Gloriosa Virgen y Madre María Dolorosa fue traspasada por la espada, concede propicio que quienes recordamos la memoria de sus dolores, alcancemos felizmente el efecto de tu pasión. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Alabado sea Dios y la Virgen Dolorosísima.

Con permiso de la Revisión Eclesiástica

La Fiesta de los Siete Dolores de María Virgen Dolorosa que celebra la Pía Unión y Sociedad, cae el tercer domingo de septiembre en la Iglesia de San Francisco de Asís.

Texto de la 3ª edición, Turín, Imprenta de Giulio Speirani e hijos, 1871

Las siete alegrías de la Virgen María

En el corazón de la obra educativa y espiritual de San Juan Bosco, la figura de la Madonna ocupa un lugar privilegiado y luminoso. Don Bosco no solo fue un gran educador y fundador, sino también un ferviente devoto de la Virgen María, a quien veneraba con profundo afecto y en quien confiaba cada uno de sus proyectos pastorales. Una de las expresiones más características de esta devoción es la práctica de las “Siete alegrías de la Virgen María”, propuesta de manera sencilla y accesible en su publicación “El joven proveído”, uno de los textos más difundidos en su pedagogía espiritual.

Una obra para el alma de los jóvenes

En 1875, Don Bosco publicó una nueva edición de “El joven proveído para la práctica de sus deberes en los ejercicios de piedad cristiana”, un manual de oraciones, ejercicios espirituales y normas de conducta cristiana pensado para los chicos. Este libro, redactado con un estilo sobrio y paternal, tenía la intención de acompañar a los jóvenes en su formación moral y religiosa, introduciéndolos a una vida cristiana integral. En él también encontraba espacio la devoción a las “Siete alegrías de María Santísima”, una oración sencilla pero intensa, estructurada en siete puntos. A diferencia de los

“Siete dolores de la Madonna”, mucho más conocidos y difundidos en la piedad popular, las “Siete alegrías” de Don Bosco ponen el énfasis en las alegrías de la Santísima Virgen en el Paraíso, consecuencia de una vida terrenal vivida en la plenitud de la gracia de Dios.

Esta devoción tiene orígenes antiguos y fue especialmente querida por los franciscanos, quienes la difundieron a partir del siglo XIII, como Rosario de las Siete Alegrías de la Bienaventurada Virgen María (o Corona Seráfica). En la forma franciscana tradicional es una oración devocional compuesta por siete decenas de Ave María, cada una precedida por un misterio gozoso (alegría) e introducida por un Padre Nuestro. Al final de cada decena se reza un Gloria al Padre. Las alegrías son: 1. La Anunciación del Ángel; 2. La visita a Santa Isabel; 3. El nacimiento del Salvador; 4. La adoración de los Magos; 5. El hallazgo de Jesús en el templo; 6. La resurrección del Hijo; 7. La Asunción y coronación de María en el cielo.

Don Bosco, tomando de esta tradición, ofrece una versión simplificada, adecuada a la sensibilidad de los jóvenes.

Cada una de estas alegrías se medita mediante la recitación de un Ave María y un Gloria.

La pedagogía de la alegría

La elección de proponer a los jóvenes esta devoción no responde solo a un gusto personal de Don Bosco, sino que se inserta plenamente en su visión educativa. Él estaba convencido de que la fe debía transmitirse a través de la alegría, no del miedo; a través de la belleza del bien, no del temor al mal. Las “Siete alegrías” se convierten así en una escuela de alegría cristiana, una invitación a reconocer que, en la vida de la Virgen, la gracia de Dios se manifiesta como luz, esperanza y cumplimiento.

Don Bosco conocía bien las dificultades y sufrimientos que muchos de sus chicos enfrentaban diariamente: la pobreza, el abandono familiar, la precariedad del trabajo. Por eso, les ofrecía una devoción mariana que no se limitara al llanto y al

dolor, sino que fuera también una fuente de consuelo y de alegría. Meditar las alegrías de María significaba abrirse a una visión positiva de la vida, aprender a reconocer la presencia de Dios incluso en los momentos difíciles, y confiar con fe en la ternura de la Madre celestial.

En la publicación "El joven provisto", Don Bosco escribe palabras conmovedoras sobre el papel de María: la presenta como madre amorosa, guía segura y modelo de vida cristiana. La devoción a sus alegrías no es una simple práctica devocional, sino un medio para entrar en relación personal con la Madonna, para imitar sus virtudes y recibir su ayuda materna en las pruebas de la vida.

Para el santo turinés, María no está distante ni inaccesible, sino cercana, presente, activa en la vida de sus hijos. Esta visión mariana, fuertemente relacional, atraviesa toda la espiritualidad salesiana y se refleja también en la vida cotidiana de los oratorios: ambientes donde la alegría, la oración y la familiaridad con María van de la mano.

Una herencia viva

Hoy también, la devoción a las "Siete alegrías de la Virgen María" mantiene intacto su valor espiritual y educativo. En un mundo marcado por incertidumbres, miedos y fragilidades, ofrece un camino sencillo pero profundo para descubrir que la fe cristiana es, ante todo, una experiencia de alegría y luz. Don Bosco, profeta de la alegría y la esperanza, nos enseña que la auténtica educación cristiana pasa por la valorización de los afectos, las emociones y la belleza del Evangelio.

Redescubrir hoy las "Siete alegrías" significa también recuperar una mirada positiva sobre la vida, la historia y la presencia de Dios. La Madonna, con su humildad y su confianza, nos enseña a custodiar y meditar en el corazón las señales de la verdadera alegría, aquella que no pasa, porque está fundada en el amor de Dios.

En un tiempo en que también los jóvenes buscan luz y sentido, las palabras de Don Bosco siguen siendo actuales: "Si queréis ser felices, practicad la devoción a María Santísima". Las

“Siete alegrías” son, entonces, una pequeña escalera hacia el cielo, un rosario de luz que une la tierra al corazón de la Madre celestial.

Aquí también el texto original tomado de “El joven proveído para la práctica de sus deberes en los ejercicios de piedad cristiana”, 1875 (pp. 141-142), con nuestros títulos.

Las siete alegrías que goza María en el Cielo

1. Pureza cultivada

Regocijaos, oh Esposa inmaculada del Espíritu Santo, por ese gozo que ahora disfrutáis en el Paraíso, porque por vuestra pureza y virginidad sois exaltada sobre todos los Ángeles y sublimada sobre todos los santos.

Ave María y Gloria.

2. Sabiduría buscada

Regocijaos, oh Madre de Dios, por ese placer que sentís en el Paraíso, porque así como el sol aquí en la tierra ilumina todo el mundo, así vos con vuestro resplandor adornáis y hacéis brillar todo el Paraíso.

Ave y Gloria.

3. Obediencia filial

Regocijaos, oh Hija de Dios, por la sublime dignidad a la que fuisteis elevada en el Paraíso, porque todas las Jerarquías de Ángeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones y todos los Espíritus Bienaventurados os honran, reverencian y reconocen como Madre de su Creador, y a cada mínimo gesto os obedecen con sumo respeto.

Ave y Gloria.

4. Oración continua

Regocijaos, oh Sierva de la Santísima Trinidad, por ese gran poder que tenéis en el Paraíso, porque todas las gracias que pedís a vuestro Hijo os son concedidas de inmediato; de hecho, como dice San Bernardo, no se concede gracia aquí en la tierra que no pase por vuestras santísimas manos.

Ave y Gloria.

5. Humildad vivida

Regocijaos, oh muy a gusta Reina, porque solo vos merecisteis sentaros a la derecha de vuestro santísimo Hijo, quien está sentado a la derecha del Padre Eterno.

Ave y Gloria.

6. Misericordia practicada

Regocijaos, oh Esperanza de los pecadores, Refugio de los atribulados, por el gran placer que sentís en el Paraíso al ver que todos los que os alaban y reverencian en este mundo son premiados por el Padre Eterno con su santa gracia en la tierra, y con su inmensa gloria en el cielo.

Ave y Gloria.

7. Esperanza premiada

Regocijaos, oh Madre, Hija y Esposa de Dios, porque todas las gracias, todos los gozos, todas las alegrías y todos los favores que ahora disfrutáis en el Paraíso nunca disminuirán; al contrario, aumentarán hasta el día del juicio y durarán eternamente.

Ave y Gloria.

Oración a la bienaventurada Virgen.

Oh gloriosa Virgen María, Madre de mi Señor, fuente de todo nuestro consuelo, por estas alegrías vuestras, de las que he hecho memoria con la devoción que he podido mayor, os ruego me obtengáis de Dios el perdón de mis pecados y la ayuda continua de su santa gracia, para que nunca me haga indigno de vuestra protección, sino que tenga la suerte de recibir todos esos celestiales favores que soléis obtener y compartir con vuestros siervos, quienes hacen devota memoria de estas alegrías que rebosan en vuestro hermoso corazón, oh Reina inmortal del Cielo.

Foto: shutterstock.com

Don Bosco y los títulos de Nuestra Señora

La devoción mariana de Don Bosco nace de una relación filial y viva con la presencia materna de María, experimentada en cada etapa de su vida. Desde los pilares votivos erigidos durante su infancia en Becchi, pasando por las imágenes veneradas en Chieri y Turín, hasta las peregrinaciones realizadas con sus muchachos a los santuarios del Piamonte y Liguria, cada etapa revela un título diferente de la Virgen –Consolata, Dolorosa, Inmaculada, Virgen de las Gracias y muchos otros– que habla a los fieles de protección, consuelo y esperanza. Sin embargo, el título que definiría para siempre su veneración fue «María Auxiliadora»: según la tradición salesiana, fue la propia Virgen quien se lo indicó. El 8 de diciembre de 1862, Don Bosco confió al clérigo Giovanni Cagliero: «Hasta ahora», añadía, «hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada, y en este día se iniciaron nuestras primeras obras de los oratorios festivos. Pero la Virgen quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora: los tiempos corren tan tristes que necesitamos que la Santísima Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana.» (MB VII, 334)

Títulos marianos

Escribir hoy un artículo sobre los “títulos marianos” con los que Don Bosco veneró a la Santísima Virgen durante su vida, puede parecer fuera de lugar. Alguien, de hecho, podría decir: ¿Acaso la Virgen no es una sola? ¿Qué sentido tienen tantos títulos si no es crear confusión? Y después de todo, ¿no es Nuestra Señora María Auxiliadora de Don Bosco?

Dejando para los expertos las reflexiones más profundas que justifican estos títulos desde un punto de vista histórico,

teológico y devocional, nos contentaremos con un pasaje de "Lumen Gentium", el documento sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, que nos tranquiliza, recordándonos que María es nuestra madre y que "por su múltiple intercesión sigue obteniéndonos las gracias de la salud eterna. Con su caridad maternal cuida de los hermanos de su Hijo que aún vagan y se encuentran en medio de peligros y aflicciones, hasta que son conducidos a la patria bendita. *Por esto la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia bajo los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora*" (Lumen Gentium 62).

Estos cuatro títulos admitidos por el Concilio, bien considerados, engloban en síntesis toda una serie de títulos e invocaciones con los que el pueblo cristiano ha llamado a María, títulos que hicieron exclamar a Alessandro Manzoni "Oh Virgen, oh Señora, oh Tuttasanta, che bei nomi ti serba ogni loquela: più d'un popol superbo esser si vantaer in tua gentil tutela» (de «El nombre de María»).

La propia liturgia de la Iglesia parece comprender y justificar las alabanzas elevadas a María por el pueblo cristiano, cuando se pregunta: "¿Cómo cantaremos tus alabanzas, Santa Virgen María?"

Así pues, dejemos a un lado las dudas y vayamos a ver qué advocaciones marianas eran queridas por Don Bosco, incluso antes de que difundiera por el mundo la de María Auxiliadora.

En su juventud

Los ermitas sagrados o tabernáculos esparcidos por las calles de las ciudades de muchas partes de Italia, las capillas campestres y los pilares que se encuentran en las encrucijadas de las carreteras o a la entrada de los caminos privados de nuestras tierras, constituyen una herencia de fe popular que aún hoy el tiempo no ha borrado.

Sería una ardua tarea calcular exactamente cuántas se pueden encontrar en las carreteras del Piamonte. Sólo en la zona de "Becchi- Morialdo»" hay una veintena, y no menos de quince en la zona de Capriglio.

En su mayoría son pilares votivos heredados de los antiguos y

restaurados varias veces. También los hay más recientes que documentan una piedad que no ha desaparecido.

El pilar más antiguo de la región de Becchi parece datar de 1700. Se erigió en el fondo de la "llanura" hacia el *Mainito*, donde solían reunirse las familias que vivían en la antigua "Scaiota", más tarde una granja salesiana, ahora en proceso de renovación.

Se trata del pilar de la Consolata, con una pequeña estatua de la Virgen Consoladora de los Afligidos, siempre honrada con flores campestres traídas por los devotos.

Juan Bosco debió de pasar muchas veces junto a ese pilar, quitándose el sombrero, quizá doblando la rodilla y murmurando un Ave María, como le había enseñado su madre.

En 1958, los Salesianos renovaron el viejo pilar y, con un solemne oficio religioso, lo inauguraron al culto renovado de la comunidad y de la población.

Esa pequeña estatua de la Consolata puede ser la primera efigie de María que Don Bosco veneró al aire libre en vida.

En la antigua casa

Sin mencionar las iglesias de Morialdo y Capriglio, no sabemos exactamente qué imágenes religiosas colgaban de las paredes de la granja Biglione o de la Casetta. Sí sabemos que, más tarde, en la casa de José, cuando Don Bosco fue a alojarse allí, pudo ver dos viejas imágenes en las paredes de su dormitorio, una de la Sagrada Familia y otra de Nuestra Señora de los Ángeles. Así lo aseguró Sor Eulalia Bosco. ¿De dónde las sacó José? ¿Las vio Juan de niño? La de la Sagrada Familia sigue expuesta hoy en la habitación del medio del primer piso de la casa de José. Representa a San José sentado ante su mesa de trabajo, con el Niño en brazos, mientras la Virgen, de pie al otro lado, observa.

También sabemos que en la Cascina Moglia, cerca de Moncucco, Giovannino solía recitar oraciones y el rosario junto con la familia de los propietarios delante de un pequeño cuadro de Nuestra Señora de los Dolores, que aún se conserva en casa de los Becchi, en el primer piso de la casa de José, en la

habitación de Don Bosco, encima de la cabecera de la cama. Está muy ennegrecido, con un marco negro perfilado en oro en el interior.

En Castelnuovo Juanito tenía entonces frecuentes ocasiones de subir a la Iglesia de Nuestra Señora del Castillo para rezar a la Santísima Virgen. En la fiesta de la Asunción, los aldeanos llevaban en procesión la estatua de la Virgen. No todos saben que esa estatua, así como la pintura del icono del altar mayor, representan a Nuestra Señora del Cinturón, la de los agustinos.

En Chieri, el clérigo estudiante y seminarista Juan Bosco rezó muchas veces en el altar de Nuestra Señora de las Gracias de la Catedral de Santa María de la Scala, en el del Santo Rosario de la Iglesia de San Domenico y ante la Inmaculada Concepción de la capilla del Seminario.

Así pues, en su juventud Don Bosco tuvo ocasión de venerar a María Santísima bajo los títulos de la Consolata, Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora de las Gracias, Nuestra Señora del Rosario y la Inmaculada.

En Turín

En Turín, Juan Bosco ya había ido a la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles para el examen de admisión a la Orden Franciscana en 1834. Volvió allí varias veces para hacer los Ejercicios Espirituales, en preparación para las Sagradas Órdenes, en la Iglesia de la Visitación, y recibió las Sagradas Órdenes en la Iglesia de la Inmaculada Concepción, en la Curia Arzobispal.

Junto al Convito, habrá ciertamente rezado a menudo ante la imagen de la Anunciación, en la primera capilla de la derecha de la Iglesia de San Francisco de Asís. De camino al Duomo y entrando, como sigue siendo costumbre hoy, por el portal de la derecha, cuántas veces se habrá detenido un momento ante la antigua estatua de la Madonna delle Grazie, conocida por los antiguos turineses como "La Madòna Granda".

Si luego pensamos en los viajes de peregrinación que Don Bosco solía hacer con sus bribones de Valdocco a los santuarios

marianos de Turín en los tiempos del Oratorio itinerante, podemos recordar en primer lugar el Santuario de la Consolata, corazón religioso de Turín, lleno de recuerdos del primer Oratorio. A la "Consolà" llevó Don Bosco muchas veces a sus jóvenes. A la "Consolà" recurrió él mismo entre lágrimas a la muerte de su madre.

Pero no podemos olvidar las excursiones urbanas a Nuestra Señora del Pilone, a Nuestra Señora de Campagna, al Monte dei Cappuccini, a la Iglesia de la Natividad en Pozzo Strada, a la Iglesia de las Gracias en Crocetta.

El viaje de peregrinación más espectacular de aquellos primeros años del Oratorio fue a Nuestra Señora de Superga. Aquella iglesia monumental dedicada a la Natividad de María recordaba a los jóvenes de Don Bosco que la Madre de Dios es "como una aurora naciente", preludio de la venida de Cristo. Así pues, Don Bosco hizo experimentar a sus muchachos los misterios de la vida de María a través de sus títulos más hermosos.

En los paseos otoñales

En 1850 Don Bosco inauguró los paseos "al aire libre" primero a los Becchi y alrededores, luego a las colinas del Monferrato hasta Casale, de Alessandria hasta Tortona y en Liguria hasta Génova.

En los primeros años su destino principal, si no exclusivo, fueron los Becchi y alrededores, donde celebraba con solemnidad la fiesta del Rosario en la pequeña capilla erigida en la planta baja de la casa de su hermano José en 1848.

Los años 1857-64 fueron los años dorados de las marchas otoñales, y los muchachos participaban en ellas en grupos cada vez más numerosos, entrando en los pueblos con la banda de música a la cabeza, acogidos festivamente por la gente y los párrocos locales. Descansaban en graneros, comían frugales comidas campesinas, celebraban devotos servicios en las iglesias y por las noches daban representaciones en un escenario improvisado.

En 1857, un destino de peregrinación fue *Santa Maria de*

Vezzolano, santuario y abadía tan queridos por Don Bosco, situados bajo el pueblo de Albugnano, a 5 km de Castelnuovo.

En 1861 le tocó el turno al *santuario de Crea*, famoso en todo el Monferrato. En ese mismo viaje, Don Bosco volvió a llevar a los muchachos a la *Madonna del Pozo*, en San Salvatore.

El 14 de agosto de 1862, desde Vignale, donde se alojaban los jóvenes, Don Bosco condujo al feliz grupo en peregrinación al santuario de la *Madonna delle Grazie a Casorzo*. Pocos días después, el 18 de octubre, antes de abandonar Alejandría, fueron de nuevo a la catedral para rezar a Nuestra Señora de la Salve, venerada con tanta piedad por los alejandrinos, como feliz conclusión de su caminata.

También en la última caminata de 1864 en Génova, a la vuelta, entre Serravalle y Mornese, un grupo dirigido por el P. Cagliero peregrinó devotamente al santuario de *Nostra Señora della Guardia, de Gavi*.

Estas peregrinaciones eran vestigios de una religiosidad popular característica de nuestro pueblo; eran la expresión de una devoción mariana, que Juan Bosco había aprendido de su madre.

Y además...

En los años sesenta, la advocación de María Auxiliadora empezó a dominar la mente y el corazón de Don Bosco, con la erección de la iglesia con la que había soñado desde 1844 y que luego se convirtió en el centro espiritual de Valdocco, la iglesia-madre de la Familia Salesiana, el punto irradiador de la devoción a Nuestra Señora, invocada bajo esta advocación.

Pero las peregrinaciones marianas de Don Bosco no cesaron por ello. Basta seguirle en sus largos viajes por Italia y Francia y ver con qué frecuencia aprovechaba la ocasión para una visita fugaz al santuario de la Virgen local.

De la *Madonna di Oropa* en Piamonte a la del *Miracolo a Roma*, del *Boschettoa Camogli* a la *Madonna di Gennazzano*, della *Madonna del Fuocoa Forlì* a la del *Olmo a Cúneo*, de

la *Madonna della Buona Speranza a Bigione* a aquella de la *Vittorie a Parigi*.

Nuestra Señora de las Victorias, colocada en un nicho dorado, es una Reina de pie, que sostiene a su Divino Hijo con ambas manos. Jesús tiene los pies apoyados en la bola estrellada que representa el mundo.

Ante esta Reina de las Victorias de París, Don Bosco pronunció en 1883 un “sermón de caridad”, es decir, una de esas conferencias para obtener ayuda para sus obras de caridad en favor de la juventud pobre y abandonada. Fue su primera conferencia en la capital francesa, en el santuario que es para los parisinos lo que el santuario de la Consolata es para los turineses.

Fue la culminación de las andanzas marianas de Don Bosco, que comenzaron al pie de la columna de la Consolata, bajo la “Scaiotà» dei Becchi”.

Novena de María Auxiliadora 2025

Esta novena a María Auxiliadora 2025 nos invita a redescubrirnos como hijos bajo la mirada materna de María. Cada día, a través de las grandes apariciones –desde Lourdes a Fátima, de Guadalupe a Banneaux – contemplamos un rasgo de su amor: humildad, esperanza, obediencia, asombro, confianza, consuelo, justicia, dulzura, sueño. Las meditaciones del Rector Mayor y las oraciones de los “hijos” nos acompañan en un camino de nueve días que abre el corazón a la fe sencilla de los pequeños, alimenta la oración y anima a construir, con María, un mundo sanado y lleno de luz, para nosotros y para todos aquellos que buscan esperanza y paz.

Día 1

Ser Hijos – Humildad y fe

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de Lourdes

La pequeña Bernadette Soubirous

11 de febrero de 1858. Acababa de cumplir 14 años. Era una mañana como las demás, un día de invierno. Teníamos hambre, como siempre. Estaba esa gruta, con la boca oscura. En el silencio sentí como un gran soplo. El arbusto se movió, una fuerza lo sacudía. Y entonces vi a una joven, vestida de blanco, no más alta que yo, que me saludó con una leve inclinación de cabeza; al mismo tiempo, separó ligeramente del cuerpo sus brazos extendidos, abriendo las manos, como las estatuas de la Virgen. Sentí miedo. Luego pensé en rezar: tomé el rosario que siempre llevo conmigo y comencé a recitarlo.

María se muestra a su hija Bernadette Soubirous. A ella, que no sabía leer ni escribir, que hablaba en dialecto y no asistía al catecismo. Una niña pobre, marginada por todos en el pueblo, y sin embargo dispuesta a confiar y a entregarse, como quien no tiene nada. Y nada que perder.

María le confía sus secretos y lo hace porque confía en ella. La trata con ternura, se dirige a ella con amabilidad, le dice “por favor”.

Y Bernadette se abandona y le cree, como hace un niño con su madre. **Cree en su promesa: que la Virgen no la hará feliz en este mundo, sino en el otro.** Y recuerda esa promesa toda su vida.

Una promesa que le permitirá afrontar todas las dificultades con la frente en alto, con fuerza y determinación, haciendo lo que la Virgen le pidió: rezar, rezar siempre por todos nosotros, pecadores.

También ella promete: custodia los secretos de María y da voz a su pedido de un Santuario en el lugar de la aparición. Y al morir, Bernadette sonrío, recordando el rostro de María, su mirada amorosa, sus silencios, sus pocas pero intensas palabras, y sobre todo aquella promesa. Y se siente aún hija, hija de una Madre que cumple sus promesas.

María, Madre que promete

Tú, que prometiste convertirte en madre de la humanidad, has permanecido al lado de tus hijos, empezando por los más pequeños y los más pobres. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

Ten fe: María también se muestra a nosotros si sabemos despojarnos de todo.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, humildad y fe

Podemos decir que María es como un faro de humildad y fe que ha acompañado a la humanidad a lo largo de los siglos. También acompaña nuestra vida, nuestra historia personal, la de cada uno de nosotros.

Ahora bien, no hay que pensar que la humildad de María es simplemente una apariencia exterior o una actitud discreta. No es algo superficial. Su humildad viene de una profunda conciencia de su pequeñez frente a la grandeza de Dios.

Su "sí", ese Aquí estoy, la servidora del Señor que pronuncia ante el ángel, es un acto de humildad, no de presunción; es un abandono confiado de quien se reconoce instrumento en las manos de Dios.

María no busca reconocimientos; simplemente desea ser servidora, colocándose en el último lugar, con silencio, humildad y una sencillez que nos desarma.

Esta humildad –una humildad radical– es la llave que abrió el corazón de María a la gracia divina, permitiendo que el Verbo de Dios, con toda su grandeza e inmensidad, se encarnara en su

vientre humano.

María nos enseña a presentarnos tal como somos, con nuestra humildad, sin orgullo. No hace falta apoyarnos en nuestra autoridad o autosuficiencia. Basta con colocarnos libremente ante Dios para poder acoger plenamente, con libertad y disponibilidad, su voluntad, como hizo María, y vivirla con amor.

Este es el segundo punto: la fe de María.

La humildad de la servidora la sitúa en un camino constante de adhesión incondicional al proyecto de Dios, incluso en los momentos más oscuros e incomprensibles. Esto significa afrontar con valentía la pobreza de su experiencia en la gruta de Belén, la huida a Egipto, la vida oculta en Nazaret, pero sobre todo, estar al pie de la cruz, donde la fe de María alcanza su punto más alto.

Allí, al pie de la cruz, con el corazón traspasado por el dolor, María no vacila, no cae: cree en la promesa.

Su fe no es un sentimiento pasajero, sino una roca firme sobre la que se funda la esperanza de la humanidad, nuestra esperanza.

Humildad y fe en María están unidas de forma indisoluble.

Dejemos que esta humildad de María ilumine nuestra humanidad, para que también en nosotros pueda germinar la fe. Que al reconocer nuestra pequeñez ante Dios, no nos dejemos abatir por ello ni caigamos en la autosuficiencia, sino que, como María, nos presentemos con una gran libertad interior, con una plena disponibilidad, reconociendo nuestra dependencia de Dios.

Vivamos con Él en la sencillez, pero también en la grandeza.

María nos exhorta a cultivar una fe serena, firme, capaz de superar las pruebas y confiar en la promesa de Dios.

Contemplemos la figura de María, humilde y creyente, para que también nosotros podamos decir generosamente nuestro "sí", como hizo ella.

¿Y nosotros, somos capaces de captar sus promesas de amor con los ojos de un niño?

La oración de un hijo infiel

María, tú que te muestras a quien sabe ver...
haz puro mi corazón.

Hazme humilde, pequeño, capaz de perderme en tu abrazo de madre.

Ayúdame a redescubrir cuán importante es el rol de ser hijo y guía mis pasos.

Tú prometes, yo prometo en un pacto que solo madre e hijo pueden hacer.

Caeré, madre, tú lo sabes.

No siempre cumpliré mis promesas.

No siempre confiaré.

No siempre podré verte.

Pero tú quédate allí, en silencio, con una sonrisa, los brazos extendidos y las manos abiertas.

Y yo tomaré el rosario y rezaré contigo por todos los hijos como yo.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 2

Ser Hijos – Sencillez y esperanza

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de Fátima

Los pequeños pastorcitos en Cova de Iria

En Cova de Iria, hacia las 13 horas, el cielo se abre y aparece el sol. De repente, alrededor de las 13:30, ocurre lo improbable: ante una multitud atónita se produce el milagro más espectacular, grandioso e increíble desde los tiempos bíblicos. El sol comienza una danza frenética y aterradora que dura más de diez minutos. Un tiempo larguísimo.

Tres pequeños pastorcitos, simples y felices, presencian y difunden el milagro que conmueve a millones de personas. Nadie puede explicarlo, ni científicos ni hombres de fe. Y, sin embargo, tres niños vieron a María, escucharon su mensaje. Y ellos creen, creen en las palabras de aquella mujer que se les apareció y les pidió regresar a Cova de Iría cada día 13 del mes.

No necesitan explicaciones porque en las palabras repetidas de María depositan toda su esperanza.

Una esperanza difícil de mantener viva, que habría asustado a cualquier niño: la Virgen revela a Lucía, Jacinta y Francisco sufrimientos y conflictos mundiales. Y, sin embargo, ellos no dudan: quien confía en la protección de María, madre que protege, puede afrontarlo todo.

Y lo saben bien, lo vivieron en carne propia arriesgando sus vidas para no traicionar la palabra dada a su Madre celestial. Los tres pastorcitos estaban dispuestos al martirio, encarcelados y amenazados ante un caldero de aceite hirviendo. Tenían miedo:

«¿Por qué tenemos que morir sin abrazar a nuestros padres? Yo quisiera ver a mamá.»

Y, sin embargo, decidieron seguir esperando, creyendo en un amor más grande que ellos:

«No tengas miedo. Ofrezcamos este sacrificio por la conversión de los pecadores. Sería peor si la Virgen ya no volviera.»

«¿Por qué no rezamos el Rosario?»

Una madre nunca es sorda al grito de sus hijos. Y en ella los hijos depositan su esperanza.

María, Madre que protege, permaneció junto a sus tres hijos de Fátima y los salvó, permitiéndoles seguir con vida.

Y hoy sigue protegiendo a todos sus hijos en el mundo que peregrinan al Santuario de Nuestra Señora de Fátima.

María, Madre que protege

Tú, que cuidas de la humanidad desde el momento de la Anunciación, permaneciste junto a tus hijos más sencillos y llenos de esperanza. A ellos te acercaste, a ellos te

manifestaste.

Pon tu esperanza en María: ella sabrá protegerte.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, esperanza y renovación

María Santísima es aurora de esperanza, fuente inagotable de renovación.

Contemplar la figura de María es como dirigir la mirada hacia un horizonte luminoso, una invitación constante a creer en un futuro lleno de gracia.

Y esa gracia transforma. María es la personificación de la esperanza cristiana en acción. Su fe inquebrantable ante las pruebas, su perseverancia al seguir a Jesús hasta la cruz, su espera confiada en la resurrección: para mí, esas son las cosas más importantes. Para todos nosotros, son un faro de esperanza para la humanidad entera.

En María vemos la certeza, podríamos decir, como la confirmación de la promesa de un Dios que nunca falla a su palabra. Que el dolor, el sufrimiento y la oscuridad no tienen la última palabra. Que la muerte es vencida por la vida.

María, entonces, es esperanza. Es la estrella de la mañana que anuncia la llegada del sol de justicia. Volvemos hacia ella es confiar nuestras esperas y aspiraciones a un corazón materno que las presenta con amor a su Hijo resucitado. De algún modo, nuestra esperanza se sostiene en la esperanza de María. Y si hay esperanza, entonces las cosas no permanecen igual. Hay renovación. Renovación de la vida.

Al acoger al Verbo encarnado, María hizo posible creer en la esperanza y en la promesa de Dios. Hizo posible una nueva creación, un nuevo comienzo.

La maternidad espiritual de María continúa generándonos en la fe, acompañándonos en nuestro camino de crecimiento y transformación interior.

Pidamos a María Santísima la gracia necesaria para que esta esperanza, que vemos cumplida en ella, pueda renovar nuestro corazón, sanar nuestras heridas, y llevarnos más allá del velo

de la negatividad, para emprender un camino de santidad, un camino de cercanía a Dios.

Pidamos a María, la mujer que permanece en oración con los apóstoles, que nos ayude hoy a nosotros, creyentes y comunidades cristianas, para que seamos sostenidos en la fe y abiertos a los dones del Espíritu, y para que se renueve la faz de la tierra.

María nos exhorta a no resignarnos nunca al pecado ni a la mediocridad. Llenos de la esperanza cumplida en ella, deseamos con ardor una vida nueva en Cristo. Que María siga siendo para nosotros modelo y sostén para seguir creyendo siempre en la posibilidad de un nuevo comienzo, de un renacimiento interior que nos conforme cada vez más a la imagen de su Hijo Jesús.

¿Y nosotros, somos capaces de esperar en ella y dejarnos proteger con los ojos de un niño?

La oración de un hijo desanimado

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz mi corazón sencillo y lleno de esperanza.

Yo confío en ti: protégeme en toda circunstancia.

Yo me entrego a ti: protégeme en toda circunstancia.

Yo escucho tu palabra: protégeme en toda circunstancia.

Dame la capacidad de creer en lo imposible y de hacer todo lo que esté a mi alcance

para llevar tu amor, tu mensaje de esperanza y tu protección al mundo entero.

Y te ruego, Madre mía, protege a toda la humanidad, incluso a aquella que aún no te reconoce.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 3

Ser Hijos – Obediencia y dedicación

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de Guadalupe

El joven Juan Diego

—«Juan Diego», dijo la Señora, «pequeño y predilecto entre mis hijos...». Juan se levantó de un salto.

—«¿Adónde vas, Juanito?», preguntó la Señora.

Juan Diego respondió con la mayor cortesía posible. Le dijo que se dirigía a la iglesia de Santiago para escuchar la misa en honor a la Madre de Dios.

—«Hijo mío amado», dijo la Señora, «yo soy la Madre de Dios, y quiero que me escuches con atención. Tengo un mensaje muy importante para ti. Deseo que me construyan una iglesia en este lugar, desde donde podré mostrar mi amor a tu pueblo.»

Un diálogo dulce, simple y tierno como el de una madre con su hijo. Y Juan Diego obedeció: fue al obispo a contarle lo que había visto, pero él no le creyó. Entonces el joven volvió con María y le explicó lo ocurrido.

La Virgen le dio otro mensaje y lo animó a intentarlo de nuevo, y así una y otra vez.

Juan Diego obedecía, no se daba por vencido: cumpliría con la tarea que la Madre celestial le había confiado.

Pero un día, abrumado por los problemas de la vida, estuvo a punto de faltar a su cita con la Virgen: su tío estaba muriendo.

—«¿De verdad crees que podría olvidar a quien tanto amo?»

María curó a su tío, mientras Juan Diego obedecía una vez más:

—«Hijo mío amado», dijo la Señora, «sube a la cima del cerro donde nos vimos por primera vez. Corta y recoge las rosas que encontrarás allí. Ponlas en tu tilma y tráemelas. Yo te diré qué hacer y qué decir.

A pesar de saber que en ese cerro no crecían rosas —y mucho menos en invierno—, Juan corrió hasta la cima. Y allí encontró el jardín más hermoso que había visto jamás.

Rosas de Castilla, aún brillantes por el rocío, se extendían

hasta donde alcanzaba la vista. Cortó con cuidado los capullos más bellos con su cuchillo de piedra, llenó su manto y volvió deprisa donde lo esperaba la Señora.

La Virgen tomó las rosas y las volvió a colocar en el manto de Juan. Luego se lo ató al cuello y le dijo:

«Este es el signo que el obispo necesita. Ve con él y no te detengas en el camino.»

En el manto había aparecido la imagen de la Virgen. Al ver tal milagro, el obispo creyó.

Y hoy, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe conserva todavía aquella imagen milagrosa.

María, Madre que no olvida

Tú, que no olvidas a ninguno de tus hijos, que no dejas a nadie atrás, miraste a los jóvenes que pusieron en ti sus esperanzas. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

Obedece incluso cuando no comprendes: una madre no olvida, una madre no deja solos.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, maternidad y compasión

La maternidad de María no se agota en su “sí”, que hizo posible la encarnación del Hijo de Dios.

Ciertamente, ese momento es el fundamento de todo, pero su maternidad es una actitud constante, una forma de ser para nosotros, una manera de relacionarse con toda la humanidad.

Jesús, desde la cruz, le confía a Juan con las palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, extendiendo simbólicamente su maternidad a todos los creyentes de todos los tiempos.

María se convierte así en madre de la Iglesia, madre espiritual de cada uno de nosotros.

Vemos entonces cómo esta maternidad se manifiesta en un cuidado tierno y solícito, en una atención constante a las necesidades de sus hijos, y en un profundo deseo por su bien.

María nos acoge, nos alimenta con su fidelidad, nos protege

bajo su manto.

La maternidad de María es un don inmenso; al acercarnos a ella, sentimos una presencia amorosa que nos acompaña en cada momento.

Y así, la compasión de María es la consecuencia natural de su maternidad.

Una compasión que no es simplemente un sentimiento superficial de lástima, sino una participación profunda en el dolor del otro, un verdadero "sufrir con".

La vemos manifestarse de manera conmovedora durante la pasión de su Hijo.

Y del mismo modo, María no permanece indiferente ante nuestro dolor: intercede por nosotros, nos consuela, nos brinda su ayuda materna.

El corazón de María se convierte entonces en un refugio seguro donde podemos depositar nuestras fatigas, encontrar consuelo y esperanza.

Maternidad y compasión en María son, por así decirlo, dos rostros de una misma experiencia humana puesta a nuestro favor, dos expresiones de su amor infinito por Dios y por la humanidad.

Su compasión es la manifestación concreta de su ser madre: compasión como fruto de su maternidad. Contemplar a María como madre nos abre el corazón a una esperanza que en ella encuentra su plenitud. Madre celestial que nos ama.

Pidamos a María que podamos verla como modelo de una humanidad auténtica, de una maternidad capaz de "sentir con", de amar, de sufrir con los demás, siguiendo el ejemplo de su Hijo Jesús, que por amor a nosotros padeció y murió en la cruz.

¿Y nosotros, estamos tan seguros como los niños de que una madre no olvida?

La oración de un hijo perdido

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz mi corazón obediente.

Cuando no te escuche, por favor, insiste.

Cuando no regrese, por favor, ven a buscarme.
Cuando no me perdona, por favor, enséñame la indulgencia.
Porque nosotros, los hombres, nos perdemos y siempre nos
perderemos,
pero tú no te olvides de nosotros, hijos errantes.
Ven a buscarnos,
ven a tomarnos de la mano.
No queremos ni podemos quedarnos solos aquí.

Dios te salve, María...
Dichoso quien ve con el corazón.

Día 4

Ser Hijos – Asombro y reflexión

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está
cerca, siempre. La ves incluso si no está.
¿Y nosotros, somos capaces de verla?
Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de la Salette

Los pequeños Mélanie y Maximin de La Salette

*El sábado 19 de septiembre de 1846, los dos niños subieron
temprano por las laderas del monte Planeau, por encima del
pueblo de La Salette, guiando cada uno cuatro vacas a pastar.
A medio camino, cerca de un pequeño manantial, Mélanie fue la
primera en ver sobre un montón de piedras una esfera de fuego
«como si el sol hubiese caído allí», y se la señaló a Maximin.
De aquella esfera luminosa comenzó a aparecer una mujer,
sentada con la cabeza entre las manos, los codos sobre las
rodillas, profundamente triste.*

*Ante su asombro, la Señora se levantó y con voz dulce, aunque
en francés, les dijo:*

*«Acérquense, hijos míos, no tengan miedo, estoy aquí para
anunciarles una gran noticia.»*

*Reanimados, los niños se acercaron y vieron que aquella figura
estaba llorando.*

Una madre anuncia una importante noticia a sus hijos... y lo hace llorando.

Y sin embargo, los niños no se sorprenden por su llanto. Escuchan, en uno de los momentos más tiernos entre una madre y sus hijos.

Porque también las madres, a veces, están preocupadas. Porque también las madres confían a sus hijos sus sensaciones, sus pensamientos y reflexiones.

Y María confía a estos dos pastorcitos, pobres y poco amados, un mensaje grande:

«Estoy preocupada por la humanidad, estoy preocupada por ustedes, hijos míos, que se están alejando de Dios. Y la vida lejos de Dios es una vida complicada, difícil, llena de sufrimientos.»

Por eso llora. Lloro como cualquier madre y transmite a sus hijos más pequeños y puros un mensaje tan asombroso como profundo.

Un mensaje para anunciar a todos, para llevar al mundo.

Y ellos lo harán, porque no pueden guardar para sí un momento tan hermoso: la expresión del amor de una madre por sus hijos debe ser anunciada a todos.

El Santuario de Nuestra Señora de La Salette, que se levanta en el lugar de las apariciones, se fundamenta en la revelación del dolor de María ante el extravío de sus hijos pecadores.

María, Madre que anuncia, que cuenta

Tú, que te entregas por completo a tus hijos al punto de no temer contarles de ti, tocaste el corazón de los más pequeños, capaces de reflexionar sobre tus palabras y acogerlas con asombro. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

Déjate asombrar por las palabras de una madre: siempre serán las más auténticas.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, amor y misericordia

¿Sentimos esta dimensión de María, estas dos dimensiones?

María es la mujer de un corazón desbordante de amor, de atención y también de misericordia. La percibimos como un puerto, un refugio seguro cuando atravesamos momentos de dificultad o de prueba.

Contemplar a María es como sumergirse en un océano de ternura y compasión.

Nos sentimos rodeados por un ambiente, por toda una atmósfera inagotable de consuelo y esperanza. El amor de María es un amor materno que abraza a toda la humanidad, porque es un amor enraizado en su "sí" incondicional al proyecto de Dios.

Al acoger a su Hijo en el seno, María acogió el amor de Dios. Por eso, su amor no tiene límites ni hace distinciones; se inclina ante las fragilidades, ante las miserias humanas, con una delicadeza infinita.

Lo vemos manifestarse en su cuidado por Isabel, en su intercesión en las bodas de Caná, en su presencia silenciosa y extraordinaria al pie de la cruz.

El amor de María, ese amor materno, es un reflejo del mismo amor de Dios: un amor que se hace cercano, que consuela, que perdona, que nunca se cansa, que nunca se termina. María nos enseña que amar es donarse por completo, hacerse prójimo de quien sufre, compartir las alegrías y los dolores de los hermanos con la misma generosidad y dedicación que animaron su corazón. Amor y misericordia.

La misericordia se vuelve así la consecuencia natural del amor de María: una compasión que podríamos llamar visceral frente al sufrimiento del mundo y de la humanidad.

Contemplamos a María, la encontramos con su mirada maternal que se posa sobre nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestra vulnerabilidad, no con juicio ni reproche, sino con infinita dulzura. Es un corazón inmaculado, sensible al clamor del dolor.

María es una madre que no juzga, no condena, sino que acoge, consuela y perdona.

La misericordia de María la sentimos como un bálsamo para las heridas del alma, como una caricia que reconforta el corazón. María nos recuerda que Dios es rico en misericordia y que

nunca se cansa de perdonar a quien se vuelve hacia Él con un corazón contrito, sereno, abierto y disponible.

Amor y misericordia en María Santísima se funden en un abrazo que envuelve a toda la humanidad. Pidamos a María que nos ayude a abrir de par en par nuestro corazón al amor de Dios, como lo hizo ella; que dejemos que ese amor inunde nuestro corazón, especialmente cuando más lo necesitamos, cuando más nos pesa la dificultad y la prueba.

En María encontramos una madre tiernísima y poderosa, siempre dispuesta a acogernos en su amor e interceder por nuestra salvación.

¿Y nosotros, somos capaces todavía de asombrarnos como un niño ante el amor de su madre?

La oración de un hijo lejano

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz mi corazón capaz de compasión y conversión.

En el silencio, te encuentro.

En la oración, te escucho.

En la reflexión, te descubro.

Y ante tus palabras de amor, Madre, me asombro

y descubro la fuerza de tu vínculo con la humanidad.

Lejos de ti, ¿quién me sostiene la mano en los momentos difíciles?

Lejos de ti, ¿quién me consuela en mi llanto?

Lejos de ti, ¿quién me orienta cuando estoy tomando el camino equivocado?

Yo regreso a ti, en unidad.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 5

Ser Hijos – Confianza y oración

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Medalla de Catalina

La pequeña Catalina Labouré

La noche del 18 de julio de 1830, hacia las 11:30, oyó que la llamaban por su nombre. Era un niño que le dijo: «Levántate y ven conmigo.» Catalina lo siguió. Todas las luces estaban encendidas. La puerta de la capilla se abrió apenas el niño la tocó con la punta de los dedos. Catalina se arrodilló.

A medianoche llegó la Virgen, se sentó en el sillón que había junto al altar. «Entonces salté junto a ella, a sus pies, sobre los escalones del altar, y puse las manos sobre sus rodillas», relató Catalina. «Permanecí así no sé cuánto tiempo. Me pareció el momento más dulce de mi vida...»

«Dios quiere confiarte una misión», le dijo la Virgen a Catalina.

Catalina, huérfana desde los 9 años, no se resigna a vivir sin su madre. Y se acerca a la Madre del Cielo.

La Virgen, que ya la observaba desde lejos, jamás la habría abandonado.

Es más, tenía grandes planes para ella.

Ella, su hija atenta y amorosa, recibiría una gran misión: vivir una vida cristiana auténtica, con una relación personal con Dios fuerte y firme.

María cree en el potencial de su niña y a ella le encomienda la Medalla Milagrosa, capaz de interceder y obrar gracias y milagros.

Una misión importante, un mensaje difícil. Y sin embargo, **Catalina no se desalienta, confía en su Madre del Cielo y sabe que ella jamás la abandonará.**

María, Madre que confía

Tú, que confías y encomiendas misiones y mensajes a cada uno de tus hijos, los acompañas en su camino con presencia discreta, permaneciendo junto a todos, pero especialmente a

quienes han sufrido grandes dolores. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

Confía: una madre solo te encomendará tareas que puedes llevar a cabo, y estará a tu lado en todo el camino.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, confianza y oración

María Santísima se nos presenta como la mujer de una confianza inquebrantable, una poderosa intercesora a través de la oración.

Contemplar estos dos aspectos –la confianza y la oración– nos permite ver dos dimensiones fundamentales de la relación de María con Dios.

La confianza de María en Dios podemos decir que es un hilo de oro que recorre toda su existencia, desde el principio hasta el final.

Ese “sí” pronunciado con plena conciencia de sus consecuencias es un acto de entrega total a la voluntad divina.

María se confía, vive esa confianza en Dios con un corazón firme en la providencia divina, sabiendo que Dios nunca la abandonaría.

Para nosotros, en la vida cotidiana, mirar a María y a esta entrega –que no es pasiva, sino activa y confiada– es una invitación:

no a olvidar nuestras angustias o miedos, sino a mirarlos desde la luz del amor de Dios, un amor que nunca faltó en la vida de María, y que tampoco falta en la nuestra.

Esta confianza conduce a la oración, que podríamos decir es casi el aliento del alma de María, el canal privilegiado de su íntima comunión con Dios.

La confianza lleva a la comunión. Su vida entregada fue un continuo diálogo de amor con el Padre, una ofrenda constante de sí misma, de sus preocupaciones, pero también de sus decisiones.

La visitación a Isabel es un ejemplo de oración que se convierte en servicio.

Vemos a María acompañando a Jesús hasta la cruz, y luego de la Ascensión la encontramos en el cenáculo, unida a los apóstoles en ferviente espera.

María nos enseña el valor de la oración constante como fruto de una confianza total, como camino para encontrarse con Dios y vivir con Él.

Confianza y oración están profundamente unidas en María Santísima.

Una confianza profunda en Dios hace brotar una oración perseverante.

Pidamos a María que, con su ejemplo, nos anime a hacer de la oración un hábito diario, porque queremos vivir continuamente confiados en las manos misericordiosas de Dios.

Volvámonos a ella con amor filial y confianza, para que, imitando su fe y su perseverancia en la oración, podamos experimentar la paz que sólo se recibe cuando uno se abandona en Dios, y obtener así las gracias necesarias para nuestro camino de fe.

¿Y nosotros, somos capaces de confiar incondicionalmente como los niños?

La oración de un hijo sin confianza

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz que mi corazón sea capaz de orar.

No sé escucharte, abre mis oídos.

No sé seguirte, guía mis pasos.

No sé ser fiel a lo que quieras confiarme, fortalece mi alma.

Las tentaciones son muchas, haz que no caiga.

Las dificultades parecen insuperables, haz que no tropiece.

Las contradicciones del mundo gritan fuerte, haz que no las siga.

Yo, tu hijo frágil y fallido, estoy aquí para que tú te sirvas de mí,

y me conviertas en un hijo obediente.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 6

Ser Hijos – Sufrimiento y sanación

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de los Dolores de Kibeho

La pequeña Alphonsine Mumureke y sus compañeros

La historia comenzó a las 12:35 de un sábado, el 28 de noviembre de 1981, en un colegio dirigido por religiosas locales, al que asistían poco más de un centenar de chicas de la región.

Un colegio rural y pobre, donde se formaban futuras maestras o secretarias. No tenía capilla y, por tanto, no reinaba un ambiente especialmente religioso.

Ese día, todas las chicas estaban en el comedor. La primera en “ver” fue Alphonsine Mumureke, de 16 años.

Según lo que ella misma escribió en su diario, estaba sirviendo la mesa a sus compañeras cuando oyó una voz femenina que la llamaba: «Hija mía, ven aquí».

Se dirigió hacia el pasillo, junto al comedor, y allí se le apareció una mujer de incomparable belleza.

Vestía de blanco, con un velo blanco que le cubría la cabeza y se unía al resto del vestido, sin costuras.

Iba descalza y tenía las manos juntas sobre el pecho, con los dedos apuntando al cielo.

Posteriormente, la Virgen se apareció también a otras compañeras de Alphonsine, quienes al principio eran escépticas, pero luego, ante la presencia de María, se convencieron.

La Virgen, hablando con Alphonsine, se presenta como la Señora de los Dolores de Kibeho y revela a los jóvenes los terribles

y sangrientos acontecimientos que pronto sobrevendrían con la guerra en Ruanda.

El dolor sería inmenso, pero también habría consuelo y sanación, porque ella, la Señora de los Dolores, nunca abandonaría a sus hijos de África.

Los jóvenes permanecen allí, atónitos ante las visiones, pero creen en esta Madre que les tiende los brazos y los llama «hijos míos».

Saben que solo en ella hallarán consuelo.

Y para poder rezar para que la Madre que consuela aliviara el sufrimiento de sus hijos, se erige el Santuario dedicado a Nuestra Señora de los Dolores de Kibeho, hoy lugar marcado por masacres y genocidios.

Y la Virgen sigue allí, abrazando a todos sus hijos.

María, Madre que consuela

Tú, que consolaste a tus hijos como a Juan al pie de la cruz, has mirado con ternura a quienes viven en el sufrimiento. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

No tengas miedo de atravesar el sufrimiento: la madre que consuela enjugará tus lágrimas.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, sufrimiento e invitación a la conversión

María es una figura emblemática del sufrimiento, transfigurada y a la vez un poderoso llamado a la conversión.

Cuando contemplamos su camino doloroso, es una advertencia silenciosa y a la vez elocuente, un llamado profundo a revisar nuestras vidas, nuestras decisiones, a volver al corazón del Evangelio.

El sufrimiento que atraviesa la vida de María –como una espada afilada, profetizada por el anciano Simeón, marcado por la desaparición del Niño Jesús y el dolor indescriptible al pie de la cruz.

María lo vive por completo: el peso de la fragilidad humana y el misterio del dolor inocente, de un modo único.

Pero el sufrimiento de María no fue estéril ni una resignación pasiva.

De algún modo, percibimos en ella una actitud activa: una ofrenda silenciosa y valiente, unida al sacrificio redentor de su Hijo Jesús.

Cuando miramos a María, la mujer que sufre, con los ojos de la fe, ese sufrimiento –en lugar de hundirnos– nos revela la profundidad del amor de Dios por nosotros, visible en su vida. María nos enseña que, incluso en el dolor más agudo, puede haber un sentido, una posibilidad de crecimiento espiritual que nace de la unión con el misterio pascual.

Desde esta experiencia de dolor transfigurado surge un poderoso llamado a la conversión.

Al contemplar a María, que soportó tanto por amor a nosotros y por nuestra salvación, también nosotros somos interpelados: no podemos permanecer indiferentes ante el misterio de la redención.

María, la mujer dulce y maternal, nos exhorta a dejar los caminos del mal para abrazar el camino de la fe.

Su célebre frase en las bodas de Caná –«Hagan todo lo que Él les diga»– resuena hoy como una invitación urgente a escuchar la voz de Jesús, especialmente en los momentos de dificultad, de prueba, en situaciones inesperadas e inciertas.

El sufrimiento de María, claramente, no es un fin en sí mismo, sino que está íntimamente ligado a la redención obrada por Cristo.

Su ejemplo de fe inquebrantable en medio del dolor sea para nosotros luz y guía para transformar nuestras propias heridas en oportunidades de crecimiento espiritual, y para responder con generosidad al llamado urgente a la conversión.

Que esa voz de Dios –que aún resuena en lo profundo del corazón humano– encuentre, por la intercesión de María, sentido, salida y crecimiento incluso en los momentos más difíciles y dolorosos.

¿Y nosotros, nos dejamos consolar como los niños?

La oración de un hijo que sufre
María, tú que te muestras a quien sabe ver...
haz que mi corazón sea capaz de sanar.
Cuando estoy en el suelo, tiéndeme la mano, madre.
Cuando me siento destruido, vuelve a unir mis pedazos, madre.
Cuando el dolor me supera, ábreme a la esperanza, madre.
Para que no busque solo la sanación del cuerpo, sino que
comprenda cuánto mi corazón
necesita paz.
Y desde el polvo levántame, madre.
Levántame a mí y a todos tus hijos que están en la prueba:
los que están bajo las bombas,
los perseguidos,
los encarcelados injustamente,
los heridos en sus derechos y en su dignidad,
los que ven su vida truncada demasiado pronto.
Levántalos y consuélalos,
porque son tus hijos.
Porque somos tus hijos.

Dios te salve, María...
Dichoso quien ve con el corazón.

Día 7

Ser Hijos – Justicia y dignidad

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está
cerca, siempre. La ves incluso si no está.
¿Y nosotros, somos capaces de verla?
Dichoso quien ve con el corazón.

Nuestra Señora de Aparecida

Los pequeños pescadores Domingos, Felipe y João

*Al amanecer del 12 de octubre de 1717, Domingos García, Felipe
Pedroso y João Alves empujaron su barca al río Paraíba, cerca
de su aldea. Aquella mañana no parecía traerles suerte:
durante horas lanzaron las redes sin pescar nada.*

Ya estaban por rendirse, cuando João Alves, el más joven, quiso hacer un último intento.

Lanzó de nuevo la red al agua y la recogió lentamente. Había algo, pero no era un pez... parecía más bien un trozo de madera. Cuando lo liberó de las redes, el pedazo de madera resultó ser una estatua de la Virgen María, aunque sin cabeza.

João volvió a lanzar la red al agua, y esta vez extrajo un trozo redondeado que parecía justamente la cabeza de esa misma estatua.

Intentó unir los dos fragmentos y vio que encajaban perfectamente.

Movido por un impulso, João Alves lanzó nuevamente la red al río y, al intentar recogerla, no pudo: estaba llena de peces.

Sus compañeros también lanzaron sus redes, y la pesca de ese día fue increíblemente abundante.

Una madre ve las necesidades de sus hijos

María vio las necesidades de aquellos tres pescadores y fue en su ayuda

Y los hijos le dieron todo el amor y la dignidad que puede darse a una madre: unieron los dos fragmentos de la estatua, la colocaron en una choza y allí levantaron un santuario.

Desde lo alto de esa humilde capilla, la Virgen Aparecida –que significa Aparecida– salvó a un hijo suyo esclavizado que huía de sus amos: vio su sufrimiento y le devolvió la dignidad.

Hoy, esa capilla se ha transformado en el santuario mariano más grande del mundo: la Basílica de Nuestra Señora de Aparecida.

María, Madre que ve

Tú, que has visto el sufrimiento de tus hijos maltratados, comenzando por los discípulos, te pones al lado de tus hijos más pobres y perseguidos. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

No te escondas de la mirada de una madre: ella ve incluso tus deseos y necesidades más ocultas.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, dignidad y justicia social

María Santísima es un espejo de dignidad humana plenamente realizada; silenciosa, pero poderosa e inspiradora para un justo sentido de la vida social.

Reflexionar sobre la figura de María en relación con estos temas nos revela una perspectiva profunda y sorprendentemente actual.

Miremos a María, la mujer llena de dignidad, como un don que hoy nos ayuda a contemplar esa pureza originaria suya.

Una pureza que no la coloca en un pedestal inalcanzable, sino que nos la muestra en la plenitud de esa dignidad a la que todos, en cierto modo, nos sentimos atraídos, llamados.

Contemplando a María, vemos brillar la belleza y nobleza –es decir, la dignidad– del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, libre del yugo del pecado, plenamente abierto al amor divino: una humanidad que no se pierde en detalles o superficialidades.

Podemos decir que el “sí” libre y consciente de María es un gesto de autodeterminación que la eleva a estar en plena sintonía con la voluntad de Dios; entra, de algún modo, en la lógica divina.

Su humildad, lejos de restarle valor, la hace aún más libre. La humildad de María es la conciencia de la verdadera grandeza que proviene de Dios.

Esta dignidad que contemplamos en María nos invita a preguntarnos cómo la estamos viviendo en nuestra vida cotidiana.

El tema de la justicia social, aunque menos explícito, se hace evidente cuando leemos el Evangelio con atención contemplativa, especialmente el Magníficat: allí captamos y sentimos ese espíritu revolucionario que proclama el derribo de los poderosos de sus tronos y la exaltación de los humildes.

Es el vuelco de las lógicas mundanas, la atención privilegiada de Dios hacia los pobres, hacia los hambrientos.

Palabras que brotan de un corazón humilde, lleno del Espíritu Santo.

Podemos decir que son un manifiesto de justicia social “ante litteram”, una anticipación del Reino de Dios, donde los últimos serán los primeros.

Contemplemos a María para que nos sintamos atraídos por esta dignidad que no se encierra en sí misma, sino que, como expresa el Magníficat, nos desafía a no quedarnos atrapados en nuestras propias lógicas.

Que nos impulse a abrirnos, a alabar a Dios y a vivir el don recibido para el bien de la humanidad, por la dignidad de los pobres, de aquellos que son descartados por la sociedad.

¿Y nosotros, nos escondemos o le contamos todo como hacen los niños?

La oración de un hijo que tiene miedo

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz que mi corazón sea capaz de devolver dignidad.

En la hora de la prueba, mira mis carencias y complétalas.

En la hora del cansancio, mira mis debilidades y sáname.

En la hora de la espera, mira mis impaciencias y cúralas.

Así, al mirar a mis hermanos, pueda ver también sus carencias y completarlas,

ver sus debilidades y sanarlas, sentir sus impaciencias y curarlas.

Porque nada sana tanto como el amor, y nadie es tan fuerte como una madre que busca justicia para sus hijos.

Y entonces yo también, Madre, me detengo a los pies de la choza, miro con ojos confiados tu imagen y rezo por la dignidad de todos tus hijos.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 8

Ser Hijos – Dulzura y cotidianidad

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

Virgen de Banneaux

La pequeña Marietta de Banneaux

El 18 de enero, Marietta está en el jardín, rezando el rosario. María se le aparece y la conduce a un pequeño manantial al borde del bosque, donde le dice: «Este manantial es para mí», e invita a la niña a sumergir en él su mano y el rosario.

Su padre y otras dos personas han seguido, con indescriptible asombro, todos los gestos y palabras de Marietta.

Esa misma tarde, el primero en ser tocado por la gracia de Banneaux es justamente su padre, quien corre a confesarse y a recibir la Eucaristía: desde su Primera Comunión no se había vuelto a confesar.

*El 19 de enero, Marietta pregunta: «Señora, ¿quién es usted?»
«Soy la Virgen de los pobres.»*

Y en el manantial añade: «Este manantial es para mí, para todas las naciones, para los enfermos. ¡He venido a consolarlos!»

Marietta es una niña normal, que vive sus días como todos nosotros, como nuestros hijos o nietos.

Un pueblo pequeño y desconocido es su hogar. Reza para permanecer cerca de Dios.

Reza a su madre del cielo para mantener vivo ese vínculo con ella.

Y María le habla con dulzura, en un lugar familiar. Se le aparecerá varias veces, le confiará secretos y le pedirá que rece por la conversión del mundo: para Marietta, esto es un gran mensaje de esperanza.

Todos los hijos son abrazados y consolados por la Madre, toda la dulzura que Marietta encuentra en la “Señora amable” la transmite al mundo.

Y de ese encuentro nace una gran cadena de amor y espiritualidad, que culmina en el santuario dedicado a la Virgen de Banneaux.

María, Madre que permanece cerca

Tú, que te has quedado junto a tus hijos sin perder a ninguno, has iluminado el camino cotidiano de los más sencillos. A ellos te acercaste, a ellos te manifestaste.

Déjate abrazar por María: no temas, ella te consolará.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, educación y amor

María Santísima es una maestra incomparable de educación, porque es fuente inagotable de amor, y quien ama, educa; educa de verdad quien ama.

Reflexionar sobre la figura de María en relación con estos dos pilares del crecimiento humano y espiritual es contemplar un ejemplo que debemos tomar en serio y asumir en nuestras decisiones cotidianas.

La educación que emana de María no está hecha de normas ni de enseñanzas formales, sino que se manifiesta a través de su ejemplo de vida:

un silencio contemplativo que habla, su obediencia a la voluntad de Dios, humilde y grande al mismo tiempo, su profunda humanidad.

El primer aspecto educativo que María nos transmite es el de la escucha:

la escucha de la Palabra de Dios, la escucha de ese Dios que está siempre allí para ayudarnos, para acompañarnos.

María guarda en su corazón, medita con cuidado, favorece una escucha atenta a la Palabra de Dios y, con la misma actitud, a las necesidades de los demás.

María nos educa en una humildad que no se queda en la pasividad ni en el distanciamiento, sino en esa humildad que, al reconocer nuestra pequeñez frente a la grandeza de Dios, nos impulsa a ponernos en acción al servicio de su voluntad.

Un corazón abierto para acompañar y vivir verdaderamente el proyecto que Dios tiene para nosotros. María es un ejemplo que nos ayuda a dejarnos educar por la fe; nos educa en la perseverancia, permaneciendo firmes en el amor a Jesús, incluso al pie de la cruz.

Educación y amor. El amor de María es el corazón palpitante de su existencia.

Cada vez que nos acercamos a ella, sentimos ese amor materno que se extiende sobre todos nosotros.

Es un amor a Jesús que se transforma en amor por toda la humanidad.

El corazón de María se abre con la ternura infinita que ha recibido de Dios y que comunica a Jesús y a sus hijos espirituales.

Pidamos al Señor que, contemplando el amor de María –un amor que educa–, nos dejemos mover a superar nuestros egoísmos, nuestras cerrazones, y nos abramos a los demás.

En María vemos a una mujer que educa con amor y que ama con un amor que educa.

Pidamos al Señor que nos conceda el don de un amor verdadero, que es el don de su amor, un amor que nos purifica, que nos sostiene, que nos hace crecer, para que nuestro ejemplo pueda ser verdaderamente un ejemplo que comunique amor.

Y al comunicar amor, podamos dejarnos educar por ella, y permitamos que ella nos ayude para que nuestro ejemplo también eduque a los demás.

¿Y nosotros, somos capaces de abandonarnos como hacen los niños?

La oración de un hijo de nuestros días

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz mi corazón manso y dócil.

¿Quién volverá a unir mis pedazos, después de haberme roto bajo el peso de mis cruces?

¿Quién devolverá la luz a mis ojos, después de haber visto los

escombros de la crueldad humana?

¿Quién aliviará los sufrimientos de mi alma, tras los errores cometidos en el camino?

Madre mía, solo tú puedes consolarme.

Abrázame y no me sueltes, para que no me haga pedazos.

Mi alma descansa en ti y halla paz, como un niño en los brazos de su madre.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

Día 9

Ser Hijos – Construcción y sueño

Los hijos confían, los hijos se entregan. Y una madre está cerca, siempre. La ves incluso si no está.

¿Y nosotros, somos capaces de verla?

Dichoso quien ve con el corazón.

María Auxiliadora

El pequeño Juanito Bosco

A los 9 años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente durante toda la vida.

En el sueño me parecía estar cerca de casa, en un patio muy amplio, donde se encontraba reunida una multitud de muchachos que jugaban. Algunos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, me lancé en medio de ellos usando los puños y las palabras para hacerlos callar.

En ese momento apareció un hombre venerable, de aspecto noble y vestido con dignidad.

–No con golpes, sino con mansedumbre y caridad ganarás a estos tus amigos.

–¿Quién es usted, que me manda algo imposible?, pregunté.

–Precisamente porque te parece imposible, debes hacerlo posible con obediencia y con el conocimiento.

–¿Dónde y cómo podré adquirir ese conocimiento?

–Yo te daré la Maestra bajo cuya guía podrás hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría se vuelve necesidad.

En ese momento vi junto a él a una mujer de majestuoso aspecto, vestida con un manto que resplandecía por todos lados, como si cada punto fuera una estrella brillante.

–Este es tu campo, aquí deberás trabajar. Hazte humilde, fuerte y vigoroso: y lo que ahora ves que sucede con estos animales, deberás hacerlo por mis hijos.

Volví la mirada y vi que en lugar de animales salvajes, aparecieron corderos mansos, que saltaban y corrían alrededor, balando como si hicieran fiesta a aquel hombre y a aquella señora. Entonces, aún en sueños, rompí a llorar y rogué que me hablaran de modo que pudiera entender, porque no sabía lo que todo eso significaba.

Entonces ella me puso la mano en la cabeza y me dijo:

–A su debido tiempo lo comprenderás todo.

María guio y acompañó a Juanito Bosco durante toda su vida y su misión.

Él, siendo un niño, descubre en un sueño su vocación. No comprenderá, pero se dejará guiar.

Pasarán muchos años sin entender, pero al final reconocerá que «ella lo ha hecho todo».

Y la madre –tanto la terrenal como la celestial– será la figura central en la vida de este hijo que se hará pan para sus hijos.

Y tras haber encontrado a María en sus sueños, ya siendo sacerdote, Juan Bosco construirá un santuario para que todos sus hijos puedan confiarse a ella.

Lo dedicará a María Auxiliadora, porque ella fue su puerto seguro, su ayuda constante.

Así, todos los que entran en la Basílica de María Auxiliadora en Turín, son acogidos bajo el manto protector de María, que se convierte en su guía.

María, Madre que acompaña, que guía

Tú, que acompañaste a tu hijo Jesús en todo su camino, te ofreciste como guía para quienes supieron escucharte con el entusiasmo que solo los niños saben tener. A ellos te

acercaste, a ellos te manifestaste.

Déjate acompañar: la Madre siempre estará a tu lado para indicarte el camino.

Intervención del Rector Mayor

María Santísima, ayuda en la conversión

María Santísima es una ayuda poderosa y silenciosa en nuestro camino de crecimiento.

Es un camino que necesita liberarse constantemente de aquello que lo bloquea, que impide avanzar.

Es un camino que debe renovarse sin cesar, sin volver atrás ni detenerse en rincones oscuros de nuestra existencia. Eso es la conversión.

La presencia de María es un faro de esperanza, una invitación constante a seguir caminando hacia Dios, ayudando a nuestro corazón a mantenerse enfocado en Él, en su amor.

Reflexionar sobre María, sobre su papel, significa descubrir a una mujer que no impone, que no juzga, sino que sostiene, alienta, acompaña con humildad y con amor materno.

Ayuda a nuestro corazón a permanecer cerca del suyo, para acercarnos cada vez más a su Hijo Jesús, que es el camino, la verdad y la vida.

También para nosotros sigue teniendo valor aquel "sí" de María en la Anunciación, que abrió a la humanidad el acceso a la historia de la salvación.

Su intercesión en las bodas de Caná sigue sosteniendo a quienes se encuentran en situaciones inesperadas, inciertas.

María es un modelo de conversión continua. Su vida, una vida inmaculada fue, sin embargo, un progresivo adherirse a la voluntad de Dios, un camino de fe atravesado por alegrías y dolores, que culminó en el sacrificio del Calvario.

La perseverancia de María en seguir a Jesús se convierte para nosotros en una invitación a vivir también nosotros esa cercanía constante, esa transformación interior que, lo sabemos bien, es un proceso gradual, pero que requiere constancia, humildad y confianza en la gracia de Dios.

María nos ayuda en el camino de conversión mediante una escucha atenta y centrada en la Palabra de Dios.

Una escucha que nos da fuerza para abandonar los caminos del pecado, porque descubrimos la belleza y la fuerza de caminar hacia Dios.

Volvámonos a María con confianza filial, porque eso significa que, al reconocer nuestras fragilidades, nuestros pecados y defectos, queremos favorecer el deseo de cambiar. El deseo de un corazón que se deja acompañar por el corazón materno de María.

En María encontramos esa ayuda preciosa para discernir las falsas promesas del mundo y redescubrir la belleza y la verdad del Evangelio.

Que María, Auxilio de los Cristianos, sea para todos nosotros una ayuda constante para descubrir la belleza del Evangelio, y para aceptar caminar hacia la bondad y la grandeza de la Palabra de Dios, viva en el corazón, para poder comunicarla a los demás.

¿Y nosotros, somos capaces de dejarnos tomar de la mano como lo hacen los niños?

La oración de un hijo inmóvil

María, tú que te muestras a quien sabe ver...

haz que mi corazón sea capaz de soñar y de construir.

Yo, que no dejo que nadie me ayude.

Yo, que me desanimo, pierdo la paciencia y nunca creo haber construido nada.

Yo, que siempre me siento un fracaso.

Hoy quiero ser hijo, ese hijo capaz de darte la mano, Madre mía,

para dejarme acompañar por ti por los caminos de la vida.

Muéstrame mi campo,

muéstrame mi sueño,

y haz que al final también yo pueda comprender todo

y reconocer tu paso en mi vida.

Dios te salve, María...

Dichoso quien ve con el corazón.

La Devoción mariana en la perspectiva de don Bosco

San Juan Bosco tuvo una profunda devoción hacia María Auxiliadora, una devoción que tiene sus raíces en las numerosas experiencias de su intervención maternal, que comenzaron cuando solo tenía 9 años. Esta verdadera devoción no podía permanecer solo en el ámbito personal, y así Don Bosco sintió la necesidad de compartirla con los demás. En 1869 fundó la Asociación de María Auxiliadora (ADMA), que aún hoy continúa siendo una realidad espiritual vibrante. Cada 5-6 años, la asociación organiza Congresos internacionales en honor a María Auxiliadora. El último, el IX Congreso, se celebró en Fátima, Portugal, del 29 de agosto al 1 de septiembre 2024. Presentamos la intervención final del Vicario del Rector Mayor, don Stefano Martoglio.

Tomo la palabra con gusto en este Congreso Mariano, después de lo que hemos escuchado y vivido para reafirmar un acto de entrega personal e institucional, según el corazón de Don Bosco y la Fe de la Iglesia. Cerraremos estos días con uno de los aspectos espirituales que Don Bosco percibe y vive como importante a nivel personal y cualificante para su obra: la devoción mariana. Nos encomendamos a las manos maternales de María. Aquí ahora, en este lugar Santo de la presencia de María; a ella le pedimos que haga fecundos en la vida lo que hemos vivido, orado y escuchado aquí. Por lo tanto, lo que quiero decir, después de lo que hemos escuchado y vivido, es hacer memoria, comenzando desde el principio. Hacer memoria es

importante: significa reconocer que esto no es nuestro, nos ha sido confiado, y que debemos entregarlo a otras generaciones. Con mucha simplicidad, quiero decir a mí mismo y a cada uno de nosotros algunos aspectos centrales de la Presencia de María en don Bosco, de su devoción y la nuestra.

1. María en los escritos de don Bosco, comencemos desde el principio.

La mujer “de majestuoso aspecto, vestida con un manto, que resplandecía por todas partes”, descrita en el sueño de los nueve años que tanto hemos meditado y pensado en este Bicentenario de este Sueño, es la Madonna querida por la tradición popular y la devoción común. De ella, Don Bosco subraya sobre todo la amabilidad maternal. Esta representación es la más acorde a su alma, que lo acompañará hasta el último aliento de vida.

En las *Memorias del Oratorio* se mencionan muchos de los aspectos y devociones típicas de la religiosidad popular: rosario en familia, Angelus, novenas y triduos, invocaciones y jaculatorias, consagraciones, visitas a altares y santuarios, fiestas marianas (Maternidad, Nombre de María, Madonna del Rosario, Dolorosa, Consoladora, Inmaculada, Madonna de las gracias...). Atención: cuando decimos aspectos típicos de la religiosidad popular, no decimos algo fácil ni “automático”. La religiosidad popular es la quintaesencia, el destilado, de la experiencia de siglos que nos es traída como un don; de la cual debemos apropiarnos.

Durante el período de estudios en Chieri, aparecen más elementos que conectan la devoción mariana con las elecciones espirituales del joven Bosco, sobre todo la maduración vocacional y el fortalecimiento de las virtudes que forman al buen seminarista. La Madonna del seminario es la Inmaculada (en todos los seminarios piemonteses, y en aquellos influenciados por la tradición lazarista, la capilla está dedicada a la Inmaculada desde el siglo XVII).

Este, precisamente, es el aspecto que caracteriza la piedad

mariana del joven don Bosco (formado en la escuela de San Alfonso): *la verdadera devoción, que se expresa sobre todo en una vida virtuosa, garantiza el patrocinio más poderoso que se pueda tener en vida y en muerte.*

Lo escribirá también en *El joven provisto* en 1847: “Si sois sus devotos, además de colmaros de bendiciones en este mundo, tendréis el paraíso en la otra vida”.

Pero es sobre todo en el librito *El mes de mayo consagrado a María SS. Inmaculada para uso del pueblo* (1858), que el santo enmarca explícitamente y de manera insistente la devoción mariana popular y juvenil en un contexto orientado a un compromiso serio y concreto de vida cristiana vivida con fervor y amor.

“Tres cosas que deben practicarse durante todo el mes: 1. Hacer todo lo posible para no cometer ningún pecado durante este mes: que sea todo consagrado a María. 2. Preocuparse mucho por el cumplimiento de los deberes espirituales y temporales de nuestro estado... 3. Invitar a nuestros parientes y amigos y a todos aquellos que dependen de nosotros a participar en las prácticas de piedad que se realizan en honor de María durante el mes”.

El otro tema, heredado de toda una tradición devota, es la conexión entre la devoción mariana y la salvación eterna: “Ya que el más bello ornamento del cristianismo es la Madre del Salvador, María Santísima, así a Vos me dirijo, oh clementísima Virgen María, estoy seguro de adquirir la gracia de Dios, el derecho al Paraíso, de recuperar, en resumen, mi dignidad perdida, si Vos oráis por mí: *Auxilium christianorum, ora pro nobis*”. Don Bosco está convencido de que María interviene como abogada eficaz y mediadora poderosa ante Dios. Diez años más tarde (1868), para la inauguración de la iglesia de María Auxiliadora, el santo escribe y difunde un folleto titulado *Maravillas de la Madre de Dios invocada bajo el título de María Auxiliadora*. En esta obrita se subraya la

dimensión eclesial, sobre la cual se va abriendo cada vez más la mirada de Don Bosco y se orientan sus preocupaciones misioneras y educativas.

Los títulos de *Inmaculada* y de *Auxiliadora* en el contexto eclesial de la época evocan luchas y triunfos, el “gran enfrentamiento” entre la Iglesia y la sociedad liberal. Se hace una lectura religiosa de los eventos políticos y sociales, en la línea de la reacción católica a la incredulidad, al liberalismo, a la descristianización. Sin embargo, Don Bosco, para sus chicos y sus salesianos, continúa subrayando predominantemente la dimensión ascético-espiritual y apostólica de la piedad mariana. De hecho, la práctica del mes de María y de las diversas devociones busca determinar en los jóvenes la decisión de un mayor compromiso en su deber, de ejercer las virtudes, de un ardor ascético (mortificaciones en honor de María), de una caridad operativa y de una generosa acción de apostolado entre los compañeros. Es decir, Don Bosco tiende a asignar a la Inmaculada y a la Auxiliadora un papel determinante en la obra educativa y formativa y a valorar, en el clima del fervor mariano de la época, ejercicios virtuosos y prácticas devotas para llevar una vida de purificación del pecado y del apego a él y de creciente totalidad de donación de sí a Dios.

Por lo tanto: lucha contra el pecado y orientación hacia Dios, santificación de uno mismo y del prójimo, servicio de caridad, fuerza para llevar la cruz y compromiso misionero. Estos son los rasgos salientes de una devoción mariana que tiene muy poco de devocionalista y de sentimental (a pesar del clima de la época y los gustos populares que, de todos modos, Don Bosco valora).

¡Qué camino en don Bosco y del hombre de fe don Bosco! Entre lo que lleváis en el corazón, quisiera poner un acento: yo también, nosotros también debemos caminar en la devoción. No se está quieto, si no se avanza se retrocede... y nadie puede hacerlo en mi lugar.

2. María en la vida de don Bosco, expresiones cotidianas de la devoción de don Bosco y nuestra devoción

2.1. El sentido de una presencia

María es, en la vida de Don Bosco, una presencia percibida, amada, activa y estimulante, orientada al gran asunto de la salvación eterna y de la santidad. Él la siente cercana y se encomienda a ella, dejándose guiar y conducir por los caminos de su vocación (la sueña, la "ve").

En Niza Monferrato en junio de 1885, Don Bosco se entretenía en el parlatorio con las madres capitulares de las Hijas de María Auxiliadora, con un hilo de voz, muy cansado. Se le pidió que dejara un último recuerdo. «Oh, entonces, ustedes quieren que les diga algo. Si pudiera hablar, ¡cuántas cosas les diría! Pero soy viejo, viejo caído, como ven; apenas puedo hablar. Solo quiero decirles que la Madonna los quiere mucho, mucho. Y, saben, ella está aquí en medio de ustedes. Entonces Don Bonetti, al verlo conmovido, lo interrumpió y comenzó a decir, únicamente para distraerlo:

– ¡Sí, así, así! Don Bosco quiere decir que la Madonna es su Madre y que ella los mira y los protege.

– No, no, retomó el Santo, quiero decir que la Madonna está aquí, en esta casa y que está contenta con ustedes, y que, si continúan con el espíritu de ahora, que es el deseado por la Madonna... El buen Padre se conmovía más que antes y don Bonetti tomó la palabra otra vez:

– ¡Sí, así, así! Don Bosco quiere decirles que, si siempre son buenos, la Madonna estará contenta con ustedes.

– Pero no, pero no, se esforzaba por explicar don Bosco, tratando de dominar su propia emoción. ¡Quiero decir que la Madonna está realmente aquí, aquí en medio de ustedes! La Madonna pasea en esta casa y la cubre con su manto. – Al decir esto extendía los brazos, levantaba los ojos llorosos hacia arriba y parecía querer persuadir a las hermanas de que la Madonna él la veía ir de un lado a otro como en su propia casa.

Es una presencia operativa: quien acompaña, sostiene, guía, anima; quien le ha sido dada: «Te daré la Maestra bajo cuya disciplina puedes volverte sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad». Una presencia que estimula a vivir conscientemente en la presencia de Dios en una tensión de totalidad: «Al pensar en Dios presente / haz que el labio, el corazón, la mente / sigan el camino de la virtud / oh gran Virgen María. / Sac. Gio Bosco» (oración escrita por el santo a los pies de una de sus fotografías).

Espléndido y esencial: illo que no es presencia viva en mi vida es ausencia! El sentido de la Presencia, de la Providencia de Dios, de la acción de María. Un camino continuo para cada uno de nosotros y para todos nosotros juntos, Familia Salesiana.

2.2. La energía de la misión

Don Bosco conecta estrechamente a María con su vocación y su ministerio. Aquí es bueno retomar la presentación que Don Bosco hace del sueño de los nueve años: “Tomándome con bondad de la mano – mira – me dijo... Aquí está tu campo, aquí es donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y lo que en este momento ves suceder con estos animales, tú deberás hacerlo por mis hijos”. Es la misión de salvación/transformación/formación de los jóvenes, a través de la prevención, la educación, la instrucción, la evangelización, y un sólido conjunto de virtudes en el educador.

El Hijo de María enseña el método y el objetivo: “No con golpes, sino con mansedumbre y caridad deberás ganar a estos tus amigos. Así que, ponte inmediatamente a darles una instrucción sobre la fealdad del pecado y sobre la preciosidad de la virtud”.

La narración hecha en 1873-74 del antiguo sueño inspirador, se conecta con muchos otros relatos de intervenciones e inspiraciones interiores (los sueños) en los cuales nuestro santo ha referido a María un papel de animación, de guía y de apoyo de su anhelo y de su celo por la misión de salvación

juvenil.

En este contexto deben ser colocados e interpretados aquellos que Don Bosco reconoce como intervenciones prodigiosas de María: las «gracias» concedidas a las personas (espirituales y corporales), su poderosa protección sobre el Oratorio y sobre la naciente Familia salesiana y su prodigioso desarrollo en beneficio de las almas.

Las gracias personales, el darnos cuenta de la presencia particular de Dios, por intercesión de María, que guía providencialmente la existencia personal e institucional. Si no percibes la Presencia, estás a merced del azar.

2.3. Estímulo a la santidad

Don Bosco vive la devoción mariana como estímulo y apoyo de la tensión hacia la perfección cristiana. En la misma perspectiva, él la inculca sabiamente a los jóvenes para promover en ellos la vida cristiana y estimularlos al deseo de santidad. Valorando la sensibilidad de sus chicos y los gustos populares de su piedad, Don Bosco supo transformar una tendencia devocional, matizada de sentimiento romántico, en un poderoso instrumento de formación espiritual (animando, corrigiendo, orientando).

María nunca nos deja donde nos encuentra. Como al inicio de los Signos del Evangelio de Juan, sabe que debemos ser guiados, acompañados... por un itinerario preciso: hagan lo que les dirá y llegarán allí donde YO los espero, nos dice don Bosco. Ver lo invisible.

3. Identidad salesiana y devoción mariana

Para concluir, les comparto, con sencillez, lo que vivimos como confraternidad, y que está en el centro de nuestra vocación. Me gusta concluir con esta parte, porque es la estructura de mi vida y de nuestra vida. Si me hace tanto bien a mí, a nosotros, seguramente hará bien a todos.

En primer lugar, las Constituciones, que delinean los rasgos característicos de nuestra devoción mariana. El artículo 8 (ubicado en el primer capítulo, relativo a los elementos que

aseguran la identidad de la Congregación Salesiana) sintetiza el sentido de la presencia de María en nuestra Sociedad: ella ha indicado a Don Bosco su campo de acción, lo ha guiado y sostenido constantemente, y continúa entre nosotros su misión de Madre y Auxiliadora: nosotros «nos encomendamos a ella, humilde sierva en quien el Señor ha hecho grandes cosas, para convertirnos entre los jóvenes en testigos del amor inagotable de su Hijo».

El artículo 92 presenta el rol de María en la vida y en la piedad del salesiano: modelo de oración y de caridad pastoral; maestra de sabiduría y guía de nuestra familia; ejemplo de fe, de solicitud por los necesitados, de fidelidad en la hora de la cruz, de alegría espiritual; nuestra educadora hacia la plenitud de donación al Señor y al valiente servicio de los hermanos. Se deriva, por lo tanto, una devoción filial y fuerte, que se expresa en la oración (rosario diario y celebración de sus fiestas) y en la imitación convencida y personal.

La mejor síntesis, sin embargo, se encuentra a mi parecer en la Oración de encomienda a María SS. Auxiliadora que se recita diariamente en cada una de nuestras comunidades después de la meditación. Fue don Rua en 1894 quien la compuso, como expresión de consagración diaria en el compromiso de fidelidad y generosidad. Hoy ha sido revisada, pero conserva la misma estructura de aquella antigua y los mismos contenidos. He aquí el texto primitivo:

«Santísima e inmaculada Virgen Auxiliadora, nos consagramos enteramente a ustedes y les prometemos siempre obrar para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Les pedimos que dirijan sus miradas piadosas sobre la Iglesia, su augusta Cabeza, los Sacerdotes y los Misioneros, sobre la Familia Salesiana, nuestros parientes y benefactores y la juventud confiada a nuestros cuidados, sobre los pobres pecadores, los moribundos y las almas del purgatorio.

Enséñanos, oh Madre tierna, a reproducir en nosotros las virtudes de nuestro Fundador, en particular la angelical modestia, la profunda humildad y la ardiente caridad.

Haz, oh María Auxiliadora, que su poderosa intercesión nos haga victoriosos contra los enemigos de nuestra alma en vida y en muerte, para que podamos venir a hacerles corona con Don Bosco en el Paraíso. Así sea».

Como se puede ver, la versión actual no hace más que retomar, con algunos desarrollos, el texto de Don Rua. Creo que es bueno, de vez en cuando, retomarla y meditarla. Está estructurada en cuatro partes: promesa; intercesión; docilidad, encomienda.

En la primera parte (*Santísima*) se recuerda el fin último de nuestra consagración prometiendo orientar cada una de nuestras acciones únicamente al servicio de Dios y a la salvación del prójimo, en fidelidad a la esencia de la vocación salesiana.

En la segunda parte (*Te pedimos*) se condensa el sentido eclesial, salesiano y misionero de nuestra consagración, encomendando a la intercesión de María la Iglesia, la Congregación y la Familia Salesiana, los jóvenes, sobre todo los más pobres, todos los hombres redimidos por Cristo. Aquí se delinear bien la pasión que debe alimentar y caracterizar la oración salesiana: universalidad, eclesialidad, misionariedad juvenil.

En la tercera parte (*Enséñanos*) se concentran las virtudes que caracterizan la fisonomía típica del salesiano discípulo de Don Bosco: nos ponemos a la escuela de María para crecer en la unión con Dios, en la castidad, en la humildad y en la pobreza, en el amor al trabajo y a la templanza, en la ardiente caridad amorosa (bondad y donación ilimitada a los hermanos), en la fidelidad a la Iglesia y a su magisterio.

En la última parte (*Haz, oh María Auxiliadora*) nos encomendamos a la intercesión de la Virgen Auxiliadora para

obtener la fidelidad y la generosidad en el servicio a Dios hasta la muerte y la admisión en la comunión eterna de los santos.

Esta excelente síntesis, que contiene un completo programa de vida espiritual y delinea los rasgos fisonómicos de nuestra identidad, puede servirnos hoy de referencia y de traza concreta para la verificación y la programación espiritual. ¡Y así sea para cada uno de nosotros!

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (13/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora.

I. Gracia recibida de María Auxiliadora.

Corría el año de Nuestro Señor de 1866, cuando en el mes de octubre mi esposa fue atacada por una gravísima enfermedad, es decir, por una gran inflamación unida a un gran estreñimiento, y con parásitos. En esta dolorosa coyuntura, se recurrió en primer lugar a los expertos en la materia, que no tardaron en declarar que la enfermedad era muy peligrosa. Viendo que la enfermedad se agravaba mucho, y que los remedios humanos de poco o nada servían, sugerí a mi compañera que se encomendase a María Auxiliadora, y que ciertamente le concedería la salud si era necesario para el alma; al mismo tiempo añadí la promesa de que si obtenía la salud, en cuanto estuviese terminada la iglesia que se estaba construyendo en

Turín, nos llevase a las dos a visitarla y hacer alguna oblación. A esta propuesta respondió que podía encomendarse a algún Santuario más cercano para no verse obligada a ir tan lejos; a esta respuesta le dije que no había que fijarse tanto en la comodidad como en la grandeza del beneficio que se esperaba.

Entonces ella se recomendó y prometió lo que se proponía. ¡Oh poder de María! No habían pasado aún 30 minutos desde que había hecho su promesa cuando, al preguntarle cómo se encontraba, me dijo: Estoy mucho mejor, mi mente está más libre, mi estómago ya no está oprimido, siento antojo de hielo, que antes tanto me apetecía, y tengo más necesidad de caldo, que antes tanto me apetecía.

A estas palabras me sentí nacer a una nueva vida, y si no hubiera sido de noche, habría salido inmediatamente de mi habitación para publicar la gracia recibida de la Santísima Virgen María. El hecho es que pasó la noche tranquilamente, y a la mañana siguiente apareció el médico y la declaró libre de todo peligro. ¿Quién la curó sino María Auxiliadora? De hecho, a los pocos días abandonó la cama y se dedicó a las tareas domésticas. Ahora esperamos ansiosamente la terminación de la iglesia dedicada a ella, y cumplir así la promesa hecha.

He escrito esto, como humilde hijo de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, y deseo que se le dé toda la publicidad que se juzgue buena para mayor gloria de Dios y de la augusta Madre del Salvador.

COSTAMAGNA Luigi
de Caramagna.

II. María Auxiliadora Protectora del campo.

Mornese es un pequeño pueblo de la diócesis de Acqui, provincia de Alessandria, de unos mil habitantes. Este pueblo nuestro, como tantos otros, estaba tristemente asolado por maleza criptógama, que durante más de veinte años había devorado casi toda la cosecha de uva, nuestra principal

riqueza. Ya habíamos recurrido a otros y otros específicos para conjurar ese mal, pero en vano. Cuando corrió la voz de que algunos campesinos de los pueblos vecinos habían prometido una parte del fruto de sus viñedos para la continuación de las obras de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Turín, se vieron maravillosamente favorecidos y tuvieron uvas en abundancia. Movidos por la esperanza de una mejor cosecha y aún más animados por el pensamiento de contribuir a una obra de religión, los Mornesini decidimos ofrecer la décima parte de nuestra cosecha para este fin. La protección de la Santísima Virgen se hizo sentir entre nosotros de un modo verdaderamente misericordioso. Tuvimos la abundancia de tiempos más felices, y nos sentimos muy felices de poder ofrecer escrupulosamente en especie o en dinero lo que habíamos prometido. En la ocasión en que el jefe de obras de aquella iglesia invitada vino entre nosotros para recoger las ofrendas, se produjo una fiesta de verdadera alegría y exultación pública.

Parecía profundamente conmovido por la prontitud y el desinterés con que se hacían las ofrendas, y por las palabras cristianas con que iban acompañadas. Pero uno de nuestros patriotas, en nombre de todos, habló en voz alta de lo que estaba ocurriendo. Nosotros, dijo, debemos grandes cosas a la Santísima Virgen Auxiliadora. El año pasado, muchas personas de este país, al tener que ir a la guerra, se pusieron todas bajo la protección de María Auxiliadora, la mayoría con una medalla al cuello, fueron valientemente, y tuvieron que afrontar los más graves peligros, pero ninguna cayó víctima de ese azote del Señor. Además, en los países vecinos hubo una plaga de cólera, granizo y sequía, y nosotros nos libramos de todo. Apenas hubo cosechas de nuestros vecinos, y nosotros fuimos bendecidos con tal abundancia que no se había visto en veinte años. Por estas razones nos alegramos de poder manifestar de este modo nuestra indeleble gratitud a la gran Protectora de la humanidad.

Creo ser fiel intérprete de mis conciudadanos al afirmar que lo que hemos hecho ahora, lo haremos también en el

futuro, convencidos de que así nos haremos cada vez más dignos de las bendiciones celestiales.

25 de marzo de 1868

Un habitante de Mornese.

III. Pronta recuperación.

El joven Bonetti Giovanni de Asti en el internado de Lanzo tuvo el siguiente favor. La tarde del 23 de diciembre pasado, entró de repente en la habitación del director con pasos inseguros y rostro angustiado. Se acercó a él, apoyó su persona contra la del piadoso sacerdote y con la mano derecha arrugó la frente sin decir palabra. Asombrado al verle tan convulso, le sostiene y, sentándole, le pregunta qué desea. A las repetidas preguntas el pobrecito sólo respondía con suspiros cada vez más agobiados y profundos. Entonces le miró más de cerca a la frente, y vio que sus ojos estaban inmóviles, sus labios pálidos, y su cuerpo al dejar que el peso de su cabeza amenazara con caer. Viendo entonces en qué peligro de vida se encontraba el joven, mandó llamar rápidamente a un médico. Mientras tanto, la enfermedad se agravaba a cada momento que pasaba, su fisonomía había tomado un aspecto falso y ya no parecía el mismo de antes, sus brazos, piernas y frente estaban helados, la flema le asfixiaba, su respiración se hacía cada vez más corta y sus muñecas sólo se podían sentir ligeramente. Duró en este estado cinco dolorosas horas.

Llegó el médico, le aplicó varios remedios, pero siempre en vano. Se acabó, dijo el médico con tristeza, antes de la mañana este joven estará muerto.

Así, desafiando las esperanzas humanas, el buen sacerdote se dirigió al cielo, rogándole que si no era su voluntad que el joven viviera, al menos le concediera un poco de tiempo para confesarse y comulgar. Tomó entonces una pequeña medalla de María Auxiliadora. Las gracias que ya había obtenido invocando a la Virgen con aquella medalla eran muchas, y aumentaban su esperanza de obtener ayuda de la

celestial Protectora. Lleno de confianza en Ella, se arrodilló, se puso la medalla en el corazón y, junto con otras personas piadosas que habían acudido, rezó algunas oraciones a María y al Santísimo Sacramento. Y María escuchaba con tanta confianza las oraciones que le elevaban. La respiración del pequeño Juan se hizo más libre, y sus ojos, que habían estado como petrificados, se volvieron cariñosamente para mirar y agradecer a los espectadores el cuidado compasivo que le estaban dando. La mejoría no tardó en llegar, es más, todos consideraron segura la curación. El propio médico, asombrado por lo ocurrido, exclamó: Ha sido la gracia de Dios la que ha obrado la salud. En mi larga carrera he visto un gran número de enfermos y moribundos, pero a ninguno de los que estaban en el punto de Bonetti vi recuperarse. Sin la intervención benéfica del cielo, esto es para mí un hecho inexplicable. Y la ciencia, acostumbrada hoy a romper ese admirable lazo que la une a Dios, le rindió humilde homenaje, juzgándose impotente para lograr lo que sólo Dios logró. El joven que fue objeto de la gloria de la Virgen continúa hasta el día de hoy muy y muy bien. Dice y predica a todos que debe su vida doblemente a Dios y a su poderosísima Madre, de cuya válida intercesión obtuvo la gracia. Se consideraría ingrato de corazón si no diese público testimonio de gratitud, y así invitase a otros y otras desgraciados que en este valle de lágrimas sufren y van en busca de consuelo y ayuda.

(Del periódico: *La Virgen*).

IV. María Auxiliadora libera a uno de sus devotos de un fuerte dolor de muelas.

En una casa de educación de Turín se encontraba un joven de 19 o 20 años, que desde hacía varios días sufría un severo dolor en los dientes. Todo lo que el arte médico suele sugerir en tales casos ya había sido utilizado sin éxito. El pobre joven se hallaba, pues, en tal punto de exacerbación, que despertaba la compasión de cuantos le oían. Si el día le parecía horrible, eterna y desgraciadísima era la noche, en la

que sólo podía cerrar los ojos para dormir durante breves e interrumpidos momentos. ¡Qué deplorable era su estado! Continuó así durante algún tiempo; pero en la noche del 29 de abril, la enfermedad pareció volverse furiosa. El joven gemía sin cesar en su lecho, suspiraba y gritaba a voz en cuello sin que nadie pudiera aliviarle. Sus compañeros, preocupados por su desdichado estado, se dirigieron al director para preguntarle si se dignaba venir a consolarlo. Vino, e intentó con palabras devolverle la calma que él y sus compañeros necesitaban para poder descansar. Pero tan grande era la furia del mal, que él, aunque muy obediente, no podía cesar en su lamento; diciendo que no sabía si aún en el mismo infierno se podía sufrir dolor más cruel. El superior pensó entonces bien en ponerlo bajo la protección de María Auxiliadora, a cuyo honor se levanta también un majestuoso templo en esta nuestra ciudad. Todos nos arrodillamos y rezamos una breve oración. Pero, ¿qué? La ayuda de María no se hizo esperar. Cuando el sacerdote impartió la bendición al desolado joven, éste se tranquilizó al instante y cayó en un sueño profundo y plácido. En aquel instante nos asaltó la terrible sospecha de que el pobre joven había sucumbido al mal, pero no, ya se había dormido profundamente, y María había escuchado la oración de su devoto, y Dios la bendición de su ministro.

Pasaron varios meses, y el joven aquejado del dolor de muelas no volvió a sufrirlo.

(Del mismo).

V. Algunas maravillas de María Auxiliadora.

Creo que su noble periódico se fijará bien en algunos de los acontecimientos que han tenido lugar entre nosotros, y que expongo en honor de María Auxiliadora. Seleccionaré sólo algunos de los que he presenciado en esta ciudad, omitiendo muchos otros que se cuentan todos los días.

El primero se refiere a una señora de Milán que desde hacía cinco meses estaba consumida por una pulmonía

unida a una postración total de la economía vital.

Pasando por estas partes, el Sacerdote B... le aconsejó que recurriera a María Auxiliadora, mediante una novena de oración en su honor, con la promesa de alguna oblación para continuar los trabajos de la iglesia que se estaba construyendo en Turín bajo la advocación de María Auxiliadora. Esta oblación sólo debía hacerse una vez obtenida la gracia.

¡Una maravilla que contar! Aquel mismo día, la enferma pudo reanudar sus ocupaciones ordinarias y serias, comiendo toda clase de alimentos, dando paseos, entrando y saliendo libremente de casa, como si nunca hubiera estado enferma. Cuando terminó la novena, se encontraba en un estado de salud florida, como nunca recordaba haber disfrutado antes.

Otra Señora padecía desde hacía tres años una enfermedad palpitante, con muchos inconvenientes que van unidos a esta enfermedad. Pero la llegada de unas fiebres y una especie de hidropesía la habían inmovilizado en la cama. Su enfermedad había llegado a tal punto que cuando el mencionado sacerdote le dio la bendición, su marido tuvo que levantar la mano para que ella pudiera persignarse. También se le recomendó una novena en honor de Jesús Sacramentado y María Auxiliadora, con la promesa de alguna oblación para el citado edificio sagrado, pero después de cumplida la gracia. El mismo día en que terminó la novena, la enferma quedó libre de toda dolencia, y ella misma pudo compilar el relato de su enfermedad, en el que leo lo siguiente:

“María Auxiliadora me ha curado de una enfermedad, para la cual todas las invenciones del arte se consideraban inútiles. Hoy, último día de la novena, estoy libre de toda enfermedad, y voy a la mesa con mi familia, cosa que no había podido hacer durante tres años. Mientras viva, no dejaré de magnificar el poder y la bondad de la augusta Reina del Cielo, y me esforzaré por promover su culto, especialmente en la iglesia que se está construyendo en Turín”.

Permítaseme añadir aún otro hecho más maravilloso que los anteriores.

Un joven en la flor de la vida estaba en medio de una de las carreras más luminosas de las ciencias, cuando le sobrevino una cruel enfermedad en una de sus manos. A pesar de todos los tratamientos, de todas las atenciones de los médicos más acreditados, no se pudo obtener ninguna mejoría, ni detener el progreso de la enfermedad. Todas las conclusiones de los expertos en la materia coincidían en que la amputación era necesaria para evitar la ruina total del cuerpo. Asustado por esta sentencia, decidió recurrir a María Auxiliadora, aplicando los mismos remedios espirituales que otros habían practicado con tanto fruto. La agudeza de los dolores cesó al instante, las heridas se mitigaron y en poco tiempo la curación pareció completa. Quien quisiera satisfacer su curiosidad podía admirar aquella mano con las hendiduras y los agujeros de las llagas cicatrizadas, que recordaban la gravedad de su enfermedad y la maravillosa curación de la misma. Quiso ir a Turín para realizar su oblación en persona, para demostrar aún más su gratitud a la augusta Reina del Cielo.

Todavía tengo muchas otras historias de este tipo, que le contaré en otras cartas, si considera que es material apropiado para su publicación periódica. Le ruego que omita los nombres de las personas a quienes se refieren los hechos, para no exponerlas a preguntas y observaciones importunas. Sin embargo, que estos hechos sirvan para reavivar más y más entre los cristianos la confianza en la protección de María Auxiliadora, para aumentar sus devotos en la tierra y para tener un día una corona más gloriosa de sus devotos en el cielo.

(De *Vera Buona Novella* de Florencia).

Con aprobación eclesiástica.

Fin

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (12/13)

(continuación del artículo anterior)

Recuerdo de la función para la 1ª piedra angular de la iglesia dedicada a María Auxiliadora el 27 de abril de 1865.

FILOTICO, BENVENUTO, CRATIPPO Y TEODORO.

Filot. Hermosa fiesta es este día.

Crat. Hermosa fiesta; llevo muchos años en este Oratorio, pero nunca he visto una fiesta semejante, y será difícil que en el futuro tengamos una parecida.

Benv. Me presento ante vosotros, queridos amigos, lleno de asombro: no puedo darme razón.

Filot. ¿De qué?

Benv. No puedo darme razón de lo que he visto.

Teod. ¿Quién eres, de dónde vienes, qué has visto?

Benv. Soy extranjero, y dejé mi patria para unirme a la Juventud del Oratorio de San Francisco de Sales. Apenas llegué a Turín, pedí que me trajeran aquí, pero apenas entré, vi coches regiamente amueblados, caballos, mozos y cocheros todos decorados con gran magnificencia. ¿Es posible, me dije, que ésta sea la casa a la que yo, pobre huérfano, he venido a vivir? Entro entonces en el recinto del Oratorio, veo una multitud de jóvenes gritando embriagados de alegría y casi frenéticos: Viva, gloria, triunfo, buena voluntad de todos y todas. – Miro hacia el campanario y veo una pequeña campana que se agita en todas direcciones para producir con cada esfuerzo un tañido armonioso. – En el patio, música de aquí,

música de allá: los que corren, los que saltan, los que cantan, los que tocan. ¿Qué es todo esto?

Filot. Aquí en dos palabras está la razón. Hoy se ha bendecido la primera piedra de nuestra nueva iglesia. Su Alteza el Príncipe Amadeo se dignó venir a poner la primera cal sobre ella; Su Excelencia el Obispo de Susa vino a celebrar el oficio religioso; los demás son una hueste de nobles personajes y distinguidos bienhechores nuestros, que vinieron a presentar sus respetos al Hijo del Rey, y al mismo tiempo hacer más majestuosa la solemnidad de este hermoso día.

Benv. Ahora comprendo el motivo de tanta alegría; y tenéis buenas razones para celebrar una gran fiesta. Pero, si me permitís una observación, me parece que os habéis equivocado en lo esencial. En un día tan solemne, para dar la debida bienvenida a tanta gente distinguida, al Augusto Hijo de nuestra Soberana, deberíais haber preparado grandes cosas. Deberías haber construido arcos triunfales, cubierto las calles de flores, adornado cada esquina con rosas, adornado cada pared con elegantes alfombras, con mil cosas más.

Teod. Tienes razón, querido Benvenuto, tienes razón, éste era nuestro deseo común. Pero, ¿qué queréis? Pobres jóvenes como somos, nos lo impidió no la voluntad, que es grande en nosotros, sino nuestra absoluta impotencia.

Filot. Para recibir dignamente a nuestro amado Príncipe, hace unos días nos reunimos todos para discutir lo que debía hacerse en un día tan solemne. Uno dijo: Si yo tuviera un reino, se lo ofrecería, pues es verdaderamente digno de él. Excelente, replicaron todos; pero, pobres, no tenemos nada. Ah, añadieron mis compañeros, si no tenemos reino que ofrecerle, al menos podemos hacerle Rey del Oratorio de San Francisco de Sales. ¡Dichosos nosotros! exclamaron todos, entonces cesaría la miseria entre nosotros y habría una fiesta eterna. Un tercero, viendo que las propuestas de los otros eran infundadas, concluyó que podíamos hacerle rey de nuestros corazones, dueño de nuestro afecto; y puesto que varios de nuestros compañeros están ya bajo su mando en la milicia, ofrecerle nuestra fidelidad, nuestra solicitud, por

si llegaba el momento en que debíamos servir en el regimiento que él dirige.

Benv. ¿Qué respondieron vuestros compañeros?

Filot. Todos acogieron ese proyecto con alegría. En cuanto a los preparativos de la recepción, fuimos unánimes: Estos señores ya ven grandes cosas, cosas magníficas, cosas majestuosas en casa, y sabrán dar benigna piedad a nuestra impotencia; y tenemos motivos para esperar tanto de la generosidad y bondad de sus corazones.

Benv. Bravo, has dicho bien.

Teod. Muy bien, apruebo lo que dices. Pero mientras tanto, ¿no debemos al menos mostrarles de algún modo nuestra gratitud, y dirigirles algunas palabras de agradecimiento?

Benv. Sí, queridos míos, pero antes quisiera que satisficierais mi curiosidad acerca de varias cosas relativas a los Oratorios y a las cosas que en ellos se hacen.

Filot. Pero haremos que estos queridos Benefactores ejerciten demasiado su paciencia.

Benv: Creo que esto también será de su agrado. Pues como fueron y siguen siendo nuestros distinguidos Benefactores, escucharán con agrado al objeto de su beneficencia.

Filot. No puedo hacer tanto, porque hace apenas un año que estoy aquí. Quizá Cratippus, que es de los mayores, pueda satisfacernos; ¿no es así, Cratippus?

Crat. Si juzgáis que soy capaz de tanto, con mucho gusto me esforzaré por satisfaceros. – Diré en primer lugar que los Oratorios en su origen (1841) no eran más que reuniones de jóvenes, en su mayoría extranjeros, que acudían los días de fiesta a lugares concretos para ser instruidos en el Catecismo. Cuando se dispuso de locales más adecuados, entonces los Oratorios (1844) se convirtieron en lugares donde los jóvenes se reunían para un recreo agradable y honesto después de cumplir con sus deberes religiosos. Así que jugar, reír, saltar, correr, cantar, tocar la trompeta, tocar el

tambor era nuestro entretenimiento. – Un poco más tarde (1846) se añadió la escuela dominical, luego (1847) las escuelas nocturnas. – El primer oratorio es el que está donde estamos ahora, llamado San Francisco de Sales. Después se abrió otro en Porta Nuova; más tarde otro en Vanchiglia, y unos años después el de San José en San Salvano.

Benv. Me cuentas la historia de los Oratorios festivos, y me gusta mucho; pero me gustaría saber algo sobre esta casa. ¿De qué condición son recibidos los jóvenes en esta casa? ¿En qué se ocupan?

Crat. Puedo satisfacerle. Entre los jóvenes que asisten a los Oratorios, y también de otros países, hay algunos que, o por estar totalmente abandonados, o por ser pobres o carecer de los bienes de fortuna, les aguardaría un triste porvenir, si una mano benévola no se asiera al querido corazón de su padre, y los acogiera, y no les proporcionara lo necesario para la vida.

Benv. Por lo que me dices, parece que esta casa está destinada a jóvenes pobres, y mientras tanto os veo a todos tan bien vestidos que me parecéis otras tantas señoritas.

Crat. Verás, Benvenuto, en previsión de la extraordinaria fiesta que hoy celebraremos, cada cual sacó lo que tenía o podía tener más hermoso, y así podemos hacer, si no majestuosas, al menos compatibles apariencias.

Benv. ¿Sois muchos en esta casa?

Crat. Somos unos ochocientos.

Benv. ¡Ochocientos! ¡Ochocientos! ¿Y cómo vamos a satisfacer el apetito de tantos destructores de paja?

Crat. Eso no es asunto nuestro; el panadero se encargará de ello.

Benv. ¿Pero cómo hacer frente a los gastos necesarios?

Crat. Echa un vistazo a todas estas personas que amablemente nos escuchan, y sabrás quiénes y cómo se proveen de lo necesario para comer, vestirse y otras cosas que son necesarias para este fin.

Benv. ¡Pero la cifra de ochocientos me asombra!
¡En qué pueden estar ocupados todos estos jóvenes, día y noche!

Crat. Es muy fácil ocuparlos por la noche. Cada uno duerme lo suyo en la cama y permanece en disciplina, orden y silencio hasta la mañana.

Benv. Pero tú disimulas.

Crat. Digo esto para compensar el ocultamiento que me propusiste. Si quieres saber cuáles son nuestras ocupaciones diarias, te lo diré en pocas palabras. Se dividen en dos grandes categorías: la de los Artesanos y la de los Estudiantes. – Los Artesanos se aplican a los oficios de sastres, zapateros, ferreteros, carpinteros, encuadernadores, compositores, impresores, músicos y pintores. Por ejemplo, estas litografías, estas pinturas son obra de nuestros camaradas. Este libro se imprimió aquí y se encuadernó en nuestro taller.

En general, pues, todos son estudiantes, porque todos tienen que asistir a la escuela nocturna, pero los que demuestran más ingenio y mejor conducta suelen ser aplicados exclusivamente a sus estudios por nuestros superiores. Por eso tenemos el consuelo de contar entre nuestros compañeros con algunos médicos, algunos notarios, algunos abogados, maestros, profesores e incluso párrocos.

Benv. ¿Y toda esta música proviene de los jóvenes de esta casa?

Crat. Sí, los jóvenes que acaban de cantar o de tocar son jóvenes de esta casa; en efecto, la composición musical misma es casi toda obra del Oratorio; porque todos los días a una hora determinada hay una escuela especial, y cada uno, además de un oficio o de un estudio literario, puede avanzar en la ciencia de la música.

Por esta razón tenemos el placer de contar con varios camaradas nuestros que ejercen luminosos oficios civiles y militares para la ciencia literaria, mientras que no pocos están destinados a la música en diversos regimientos, en la Guardia Nacional, en el mismo Regimiento de S.S. el

Príncipe Amadeus.

Benv: Esto me agrada mucho; para que aquellos jóvenes que han surgido del genio perspicaz de la naturaleza puedan cultivarlo, y no se vean obligados por la indigencia a dejarlo ocioso, o a hacer cosas contrarias a sus inclinaciones. – Pero decidme una cosa más: al entrar aquí he visto una hermosa y lograda iglesia, y me habéis dicho que se va a construir otra: ¿qué necesidad teníais de eso?

Crat. La razón es muy sencilla. La iglesia que hemos estado utilizando hasta ahora estaba destinada especialmente a los jóvenes de fuera que venían los días de fiesta. Pero debido al número cada vez mayor de jóvenes acogidos, la iglesia se quedó pequeña y los forasteros quedaron casi totalmente excluidos. Así que podemos calcular que no cabía ni un tercio de los jóvenes que acudían. – ¡Cuántas veces tuvimos que rechazar a muchedumbres de jóvenes y permitirles ir a mendigar a las plazas por la única razón de que no había más sitio en la iglesia!

Hay que añadir que desde la iglesia parroquial de Borgo Dora hasta San Donato hay una multitud de casas, y muchos miles de habitantes, en medio de los cuales no hay ni iglesia, ni capilla, ni poco o mucho espacio: ni para los niños, ni para los adultos que asistirían. Se necesitaba, pues, una iglesia lo suficientemente espaciosa para acoger a los niños, y que también ofreciera espacio para los adultos. La construcción de la iglesia que constituye el objeto de nuestra fiesta tiende a satisfacer esta necesidad pública y grave.

Benv. Las cosas así expuestas me dan una idea justa de los Oratorios y del objeto de la iglesia, y creo que esto es también del agrado de estos Señores, que saben así dónde termina su caridad. Lamento mucho, sin embargo, no ser un orador elocuente ni un poeta de talento para improvisar un espléndido discurso o un sublime poema sobre lo que me habéis contado con alguna expresión de gratitud y agradecimiento a estos Señores.

Teod. Yo también quisiera hacer lo mismo, pero

apenas sé que en poesía la longitud de los versos debe ser igual y no más; por eso en nombre de mis compañeros y de nuestros amados Superiores sólo diré a S.S. el Príncipe Amadeus y a todos los demás Caballeros que nos hemos deleitado con esta hermosa fiesta; que haremos una inscripción en letras de oro en la que diremos:

¡Viva eternamente este día!

Primero el sol desde el Ocaso
Volverá a su Oriente
Cada río a su fuente

Antes volverá,

Borremos de nuestros corazones
Este día que entre los más bellos
Entre nosotros siempre será.

A vos en particular, Alteza Real, os digo que os tenemos gran afecto, y que nos habéis hecho un gran favor viniendo a visitarnos, y que siempre que tengamos la dicha de veros en la ciudad o en otra parte, o de oír hablar de vos, será para nosotros objeto de gloria, de honor y de verdadero placer. Sin embargo, antes de que nos hable, permítame que, en nombre de mis queridos Superiores y de mis queridos compañeros, le pida un favor, y es que se digne venir a vernos en otras ocasiones para renovar la alegría de este hermoso día. Usted, pues, Excelencia, continúe con la paternal benevolencia que nos ha demostrado hasta ahora. Usted, señor Alcalde, que de tantas maneras ha tomado parte en nuestro bien, continúe protegiéndonos, y procúrenos el favor de que la calle del Cottolengo sea rectificada frente a la nueva iglesia; y le aseguramos que le redoblabamos nuestra profunda gratitud. Usted, señor Cura, dígnese considerarnos siempre no sólo como feligreses, sino como queridos hijos que reconocerán siempre en usted a un padre tierno y benévolo. Os recomendamos a todos que sigáis siendo, como hasta ahora, insignes bienhechores, especialmente para completar el santo edificio objeto de la solemnidad de hoy. Ya ha comenzado, ya se eleva

sobre la tierra, y por eso él mismo tiende su mano a los caritativos para que lo lleven a término. Finalmente, mientras os aseguramos que el recuerdo de este hermoso día permanecerá agradecido e imborrable en nuestros corazones, rogamos unánimemente a la Reina del cielo, a quien está dedicado el nuevo templo, que os obtenga del Dador de todos los bienes larga vida y días felices.

[\(continuación\)](#)

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (11/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Apéndice de cosas diversas

I. La antigua costumbre de consagrar las iglesias

Una vez construida una iglesia, no es posible cantar en ella los oficios divinos, celebrar el santo sacrificio y otras funciones eclesiásticas, si antes no ha sido bendecida o consagrada. El obispo, con la multiplicidad de cruces y la aspersion de agua bendita, pretende purificar y santificar el lugar con exorcismos contra los malos espíritus. Esta bendición puede ser realizada por el obispo o por un simple sacerdote, pero con ritos diferentes. Cuando se trata de la unción del sagrado crisma y de los santos óleos, la bendición corresponde al obispo, y se llama solemne, real y consecutiva porque tiene el complemento de todas las demás, y más aún porque la materia bendecida y consagrada no puede

convertirse en uso profano; de ahí que se llame estrictamente consagración. Si entonces en tales ceremonias sólo se realizan ciertas oraciones con ritos y ceremonias similares, la función puede ser realizada por un sacerdote, y se llama bendición.

La bendición puede ser realizada por cualquier sacerdote, con el permiso del Ordinario, pero la consagración pertenece al Papa, y sólo al obispo. El rito de consagrar las iglesias es muy antiguo y está lleno de profundos misterios, y Cristo como niño santificó su observancia, mientras que su cabaña y el pesebre se convirtieron en un templo en la ofrenda hecha por los Magos. Así pues, la cueva se convirtió en un templo y el pesebre en un altar. San Cirilo nos dice que por los apóstoles el cenáculo donde recibieron el Espíritu Santo fue consagrado en una iglesia, una sala que también representaba a la Iglesia universal. En efecto, según Nicéforo Calisto, hist. lib. 2, cap. 33, tal era la solicitud de los apóstoles que en todos los lugares donde predicaban el Evangelio consagraban alguna iglesia u oratorio. El pontífice san Clemente I, creado en el año 93, sucesor nada menos que del discípulo de san Pedro, entre sus otras ordenaciones decretó que todos los lugares de oración fueran consagrados a Dios. Ciertamente en tiempos de San Pablo las iglesias estaban consagradas, como algunos de los eruditos, escribiendo a los Corintios en el c. III, *¿aut Ecclesiam Dei contemnitis?* San Urbano I, elegido en el año 226, consagró la casa de Santa Cecilia en una iglesia, como escribió Burius *in vita eius*. San Marcelo I, creado en el año 304, consagró la iglesia de Santa Lucina, como relata el papa San Dámaso. También es cierto que la solemnidad de la pompa, con la que hoy se realiza la consagración, aumentó con el tiempo, después de que Constantino, al restablecer la paz en la Iglesia, construyera suntuosas basílicas. Incluso los templos de los gentiles, antes morada de falsos dioses y nido de mentiras, fueron convertidos en iglesias con la aprobación del piadoso emperador, y consagrados con la santidad de las venerables reliquias de los mártires. Entonces, según las prescripciones de sus predecesores, el papa san Silvestre I estableció el

rito solemne, que fue ampliado y confirmado por otros papas, especialmente por san Félix III. San Inocencio I estableció que las iglesias no debían consagrarse más de una vez. El Pontífice San Juan I en su viaje a Constantinopla por los asuntos de los arrianos consagró las iglesias de los herejes como católicas, como leemos en Bernini.

II. Explicación de las principales ceremonias utilizadas en la consagración de iglesias.

Sería largo describir las explicaciones místicas que los santos Padres y Doctores dan de los ritos y ceremonias de la consagración de las iglesias. Cecconi habla de ellos en los capítulos X y XI, y el padre Galluzzi en el capítulo IV, del que podemos resumir lo siguiente.

Los sagrados Doctores no dudaron, pues, en afirmar que la consagración de la iglesia es una de las más grandes funciones sagradas eclesiásticas, como se deduce de los sermones de los santos Padres y de los tratados litúrgicos de los autores más famosos, que demuestran la excelencia y nobleza que encierra tan hermosa función, encaminada toda ella a hacer respetar y venerar la casa de Dios. Las vigiliias, ayunos y oraciones se predicán para preparar los exorcismos contra el demonio. Las reliquias representan a nuestros santos. Y para que las tengamos siempre presentes y en el corazón, se colocan en la caja con tres granos de incienso. La escalera por la que el obispo asciende a la unción de las doce cruces nos recuerda que nuestra meta final y primordial es el Paraíso. Dichas cruces y otras tantas velas significan los doce Apóstoles, los doce Patriarcas y los doce Profetas, que son la guía y los pilares de la Iglesia.

Además, en la unción de las doce cruces en otros tantos lugares distribuidos por la pared consiste formalmente la consagración, y se dice que la iglesia y sus paredes están consagradas, como señala San Agustín, lib. Agustín, lib. 4, *Contra Crescent*. La iglesia se cierra para representar la Sión celestial, donde no se entra a menos que se esté purgado de

toda imperfección, y con varias oraciones se invoca la ayuda de los santos, y la luz del Espíritu Santo. La vuelta que el obispo da tres veces, en unidad con el clero alrededor de la iglesia, pretende aludir a la vuelta que los sacerdotes daban con el arca alrededor de los muros de Jericó, no para que cayeran los muros de la iglesia, sino para que el orgullo del demonio y su poder se apagaran mediante la invocación a Dios y la repetición de las oraciones sagradas, mucho más eficaces que las trompetas de los antiguos sacerdotes o levitas. Los tres golpes que el obispo da con la punta de su báculo en el umbral de la puerta nos muestran el poder del Redentor sobre su Iglesia, no se trata de la dignidad sacerdotal que ejerce el obispo. El alfabeto griego y latino representa la antigua unión de los dos pueblos producida por la cruz del mismo Redentor; y la escritura que el obispo hace con la punta del báculo significa la doctrina y el ministerio apostólicos. La forma, pues, de esta escritura significa la cruz, que debe ser el objeto ordinario y principal de todo aprendizaje de los fieles cristianos. Significa también la creencia y la fe de Cristo transmitida de los judíos a los gentiles, y de ellos transmitida a nosotros. Todas las bendiciones están llenas de profundo significado, como lo están todas las cosas que se emplean en el augusto servicio. La unción sagrada con la que se impregnan el altar y las paredes de la iglesia significa la gracia del Espíritu Santo, que no puede enriquecer el templo místico de nuestra alma si antes no se limpia de sus manchas. El servicio termina con la bendición al estilo de la santa Iglesia, que siempre comienza sus acciones con la bendición de Dios y las termina con ella, porque todo comienza con Dios y termina en Dios. Se termina con el sacrificio no sólo para cumplir el decreto pontificio de San Higinio, sino porque no es una consagración completa donde con la Misa no se consume también completamente incluso la víctima.

Por la grandeza del rito sagrado, por la elocuencia de su significación mística, se ve fácilmente cuánta importancia le concede la santa Iglesia, nuestra madre, y, por consiguiente, cuánta importancia debemos concederle

nosotros. Pero lo que debe aumentar nuestra veneración por la casa del Señor es ver hasta qué punto este rito está fundado e informado por el verdadero espíritu del Señor revelado en el Antiguo Testamento. El espíritu que guía hoy a la Iglesia a rodear de tanta veneración los templos del culto católico es el mismo que inspiró a Jacob a santificar con óleo el lugar donde tuvo la visión de la escalera; es el mismo que inspiró a Moisés y a David, a Salomón y a Judas Macabeo a honrar con ritos especiales los lugares destinados a los misterios divinos. ¡Oh, cuánto nos enseña y consuela esta unión de espíritu de uno y otro Testamento, de una y otra Iglesia! Nos muestra cuánto le gusta a Dios ser adorado e invocado en sus iglesias, así como cuán gustosamente responde a las oraciones que le dirigimos en ellas. ¡Cuánto respeto por un lugar, cuya profanación armó la mano de un Dios con el azote y lo transformó de manso cordero en severo castigador!

Acudamos, pues, al templo sagrado, pero con frecuencia, pues diaria es la necesidad que tenemos de Dios; intervengamos en él, pero con confianza y con temor religioso. Con confianza, pues allí encontramos a un Padre dispuesto a escucharnos, a multiplicarnos el pan de sus gracias como en el monte, a abrazarnos como al hijo pródigo, a consolarnos como a la mujer cananea, en las necesidades temporales como en las bodas de Caná, en las espirituales como en el Calvario; con temor, porque ese Padre no deja de ser nuestro juez, y si tiene oídos para oír nuestras oraciones, también tiene ojos para ver nuestras ofensas, y si ahora calla como cordero paciente en su tabernáculo, hablará con voz terrible el gran día del juicio. Si le ofendemos fuera de la Iglesia, aún nos quedará la iglesia como refugio para el perdón; pero si le ofendemos dentro de la Iglesia, ¿dónde iremos para ser perdonados?

En el templo se aplaca la justicia divina, se recibe la misericordia divina, *suscepimus divinam misericordiam tuam in medio templi tui*. En el templo María y José encontraron a Jesús cuando lo habían perdido, en el templo lo encontraremos si lo buscamos con ese espíritu de

santa confianza y santo temor con que María y José lo buscaron.

Copia de la inscripción sellada en la piedra angular de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Valdocco.

D. O. M.

UT VOLUNTATIS ET PIETATIS NOSTRAE
SOLEMNE TESTIMONIUM POSTERIS EXTARET
IN MARIAM AGUSTAM GENITRICEM
CHRISTIANI NOMINIS POTENTEM
TEMPLUM HOC AB INCHOATO EXTRUERE
DIVINA PROVIDENTIA UNICE FRETIS
IN ANIMO FUIT
QUINTA TANDEM CAL. MAI. AN. MDCCCLXV
DUM NOMEN CHRISTIANUM REGERET
SAPIENTIA AC FORTITUDINE
PIUS PAPA IX PONTIFEX MAXIMUS
ANGULAREM AEDIS LAPIDEM
IOAN. ANT. ODO EPISCOPUS SEGUSINORUM
DEUM PRECATUS AQUA LUSTRALI
RITE EXPIAVIT
ET AMADEUS ALLOBROGICUS V. EMM. II FILIUS
EAM PRIMUM IN LOCO SUO CONDIDIT
MAGNO APPARATU AC FREQUENTI CIVIUM CONCURSU
HELLO O VIRGO PARENS
VOLENS PROPITIA TUOS CLIENTES
MAIESTATI TUAE DEVOTOS
E SUPERIS PRAESENTI SOSPITES AUXILIO.

I. B. Francesia scripsit.

Traducción.

Como solemne testimonio puesto a la posteridad de nuestra benevolencia y religión hacia la augusta Madre de Dios María Auxiliadora, resolvimos construir este templo desde los

cimientos el día XXVII de abril del año MDCCCLXV, gobernando la Iglesia Católica con sabiduría y fortaleza, el Pontífice Máximo Pío IX bendijo la piedra angular de la iglesia según los ritos religiosos por Giovanni Antonio Odone obispo de Susa y Amedeo de Saboya hijo de Vittorio E. II. II la colocó en su lugar por primera vez en medio de gran pompa y gran afluencia de público. Salve, oh Virgen Madre, socorre benignamente a tus devotos con tu majestad y defiéndelos desde el cielo con eficaz ayuda.

Himno leído en la solemne bendición de la piedra angular.

Cuando el adorador de ídolos

La guerra fue declarada a Jesús,
Cuántos mil intrépidos
¡La tierra ensangrentó!
De feroces luchas indemne
De Dios la Iglesia que surgió
Aún propaga su vida
De un mar a otro.

Y aún se jacta de sus mártires

Este humilde valle,
Aquí murió Octavio,
Aquí cayó Solutor.
¡Hermosa victoria inmortal!
Sobre el sangriento césped
De mártires se ensalza
Tal vez el altar divino.

Y aquí la afligida juventud

Abre sus suspiros,
Un refrigerio para su alma
Encuentra en sus mártires;
Aquí la viuda despreciada
De devoto y santo corazón
Deposita su humilde llanto
En el seno del Rey de Reyes,

Y a ti, que vences soberanamente
Más que mil espadas,
A ti que ostentas glorias
En todos los ámbitos,
A Ti poderoso y humilde
A Quien todo el nombre habla,
MARÍA, AUXILIO,
Templo elevamos a Ti.

Así, oh Virgen misericordiosa,
sé grande para tus devotos,
Sobre ellos en copia
derrama tus favores.
Ya con tierna pupila
La joven PRÍNCIPE mira
que aspira a tus laureles,
¡Oh Madre del redentor!

El de mente y carácter
De noble sentimiento,
A ti se entrega, oh Virgen,
De años en flor;
Él con mirada asidua
Te canta canciones sagradas,
Y ahora anhela los brazos
El rugido de siempre.

El de Amadeus la gloria,
Las grandes virtudes de Umberto
Guarda en su corazón, y recuerda
Su celeste corona;
Y de las nubes blancas,
De los equipos celestiales
De la Madre bendita
Escucha el piadoso discurso.

Querido y amado Príncipe,
Una hueste de santos héroes,

¿Qué benéfico pensamiento
te trae aquí entre nosotros?
Utiliza a la aureada realeza
Del excelso esplendor del mundo
De miserable escualidez
¿Te dignaste visitar?

Hermosa esperanza para el pueblo,
En medio del cual vienes,
Que tus días vivan
Tranquilos, dulces y serenos:
Nunca sobre tu joven cabeza
Sobre tu alma segura
Que no chille la desgracia,
Que ningún día amargo amanezca.

Sabio y celoso prelado,
y nobles señores,
¿Cuánto gustan al Eterno
Vuestros santos ardores?
Bendita vida y plácida
Vive quien por el decoro
Del Templo su tesoro
O la obra prodigó.

¡Oh dulce y piadoso espectáculo!
¡Oh día memorable!
¡Día más bello y noble!
¿Qué se ha visto y cuándo?
Bien hablas a mi alma:
De este aún más bello
Seguramente será el día
Que el Templo se abre al cielo.

En el difícil trabajo
Dorados beneficios,
Y pronto llegará a su fin,
Con alegría en Dios descansas;

Y entonces fundiendo fervorosamente
En mi cítara una canción:
Alabaremos al Santo
A la Fortaleza de Israel.

[\(continuación\)](#)

Un millón de niños rezan el Rosario

*“Si un millón de niños rezan el Rosario, el mundo cambiará”
(San Pío de Pietrelcina – Padre Pío)*

Cada año, en octubre, una ola de oración se extiende por todo el mundo, uniendo a niños de diferentes nacionalidades, culturas y orígenes en un poderoso gesto de fe. Esta extraordinaria iniciativa, titulada **“Un millón de niños rezan el Rosario”**, se ha convertido en un acontecimiento anual esperado por muchos, encarnando la esperanza de un futuro mejor a través de la oración y la devoción de los más pequeños.

Orígenes y significado de la iniciativa

La idea de esta iniciativa surgió **en 2005 en Caracas**, capital de Venezuela, cuando un grupo de niños se reunió para rezar el Rosario ante una imagen de la Santísima Virgen María. Muchas de las mujeres allí presentes sintieron fuertemente la presencia de la Virgen María y recordaron la profecía de **San Pío de Pietrelcina (Padre Pío)**: *“Cuando un millón de niños recen el Rosario, el mundo cambiará”*. Esa frase aparentemente sencilla expresaba la profunda convicción de que la oración de los más pequeños tiene una capacidad especial para tocar el corazón de Dios e influir positivamente en el mundo.

Inspiradas por esta experiencia y por las palabras del Padre Pío, estas mujeres decidieron convertir esa imagen en realidad. Empezaron organizando actos locales de oración, invitando a los niños a rezar el Rosario. La iniciativa creció rápidamente, traspasando las fronteras de Venezuela y extendiéndose a otros países latinoamericanos.

En 2008, la iniciativa atrajo la atención de la *fundación pontificia "Ayuda a la Iglesia Necesitada"* (AEC), una organización católica internacional que apoya a la Iglesia necesitada en todo el mundo. Reconociendo el potencial de esta campaña de oración, la AEC decidió adoptarla y promoverla a escala mundial, con el objetivo de implicar a un millón de niños en el rezo del Rosario, una de las oraciones más antiguas y queridas de la tradición cristiana católica.

Bajo el liderazgo de la AEC, "Un millón de niños rezan el Rosario" se ha convertido en un acontecimiento mundial. Cada año, el 18 de octubre, niños de todos los continentes se unen en oración, rezando el Rosario por la paz y la unidad en el mundo. La fecha del **18 de octubre** no es casual: es el día en que la Iglesia católica celebra la fiesta de San Lucas Evangelista, conocido por su especial atención a la Virgen María en sus escritos.

El Rosario: oración mariana y símbolo de paz

El Rosario es una oración muy antigua, centrada en la **reflexión sobre los misterios de la vida de Jesús y María**, su madre. Consiste en la repetición de oraciones como el **Ave María**, el **Padre Nuestro** y el **Gloria**, y permite a los fieles meditar sobre los momentos centrales del viaje de Cristo por la tierra. Esta práctica no es sólo una forma de devoción individual, sino que tiene una fuerte dimensión comunitaria y de intercesión, hasta el punto de que, en muchas apariciones marianas, como las de **Fátima** y **Lourdes**, la Virgen pidió expresamente a los niños que rezaran el Rosario como medio para obtener la paz en el mundo y la conversión de los pecadores.

El Rosario, al ser repetitivo, permite incluso a los niños pequeños, a menudo incapaces de seguir oraciones complejas o lecturas largas, participar activamente y comprender el sentido de la oración. Mediante el simple acto de repetir las palabras del Ave María, los niños se unen espiritualmente a la comunidad global de fieles, intercediendo por la paz y la justicia en el mundo.

La dimensión espiritual y educativa

La iniciativa tiene lugar cada año el 18 de octubre, aunque muchos grupos, parroquias y colegios optan por prolongarla durante todo el mes, tradicionalmente dedicado a Nuestra Señora del Rosario.

El día del evento, los niños se reúnen en diversos lugares: escuelas, iglesias, casas particulares o espacios públicos. A menudo, se instruye a los niños sobre cómo rezar el Rosario y los significados espirituales de los distintos misterios, para que puedan participar con conciencia y fe. Bajo la guía de adultos -padres, profesores o líderes religiosos-, los niños rezan juntos el Rosario. Muchas comunidades organizan actos especiales en torno a esta oración, como cantos, lecturas bíblicas o breves reflexiones adecuadas para los jóvenes.

Algunas parroquias organizan celebraciones completas, durante las cuales los niños llevan cuentas del Rosario hechas a mano o con materiales creativos, para expresar su participación de forma activa y comprometida. La iniciativa concluye con la celebración de una Santa Misa especial dedicada a Nuestra Señora del Rosario y a la paz mundial.

“Un millón de niños rezan el Rosario” no es sólo un momento de oración, sino también una oportunidad educativa. Muchas escuelas y grupos pastorales aprovechan este acontecimiento para enseñar a los niños los valores de la **paz**, la **solidaridad** y la **justicia social**. A través del Rosario, los niños aprenden la importancia de confiar sus preocupaciones y el sufrimiento del mundo a Dios, y comprenden que la paz comienza en sus

corazones y familias.

Además, la iniciativa pretende que los niños comprendan la universalidad de la Iglesia y de la fe cristiana. Saber que, al mismo tiempo, otros miles de niños de todas las partes del mundo rezan la misma oración crea un sentimiento de comunidad y fraternidad global que trasciende las barreras lingüísticas, culturales y geográficas.

El valor de la oración de los niños

La oración de los niños suele considerarse especialmente poderosa en la tradición cristiana debido a su **inocencia** y **pureza de corazón**. En la Biblia, el propio Jesús invita a sus discípulos a fijarse en los niños como ejemplo de fe: “En verdad os digo que, si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3).

Los niños, con su corazón abierto y sincero, son capaces de rezar con total confianza en Dios, sin dudas ni reservas. Esta confianza y sencillez hacen que su oración sea especialmente eficaz a los ojos de Dios. Además, la oración de los niños también puede tener un fuerte impacto en los adultos, llamándoles a una fe más pura y profunda.

Impacto mundial

A lo largo de los años, “Un millón de niños rezan el Rosario” ha visto crecer su participación, involucrando a millones de niños en más de 140 países. En 2023, más de un millón de niños se unieron a la oración, rezando especialmente por la paz en Tierra Santa y por otras intenciones urgentes.

El acto también atrajo la atención de los medios de comunicación de varios países, ayudando a difundir un mensaje de esperanza y unidad en un mundo a menudo dominado por noticias negativas. Las redes sociales se convirtieron en una herramienta importante para promover la iniciativa y compartir experiencias. Hashtags como *#MillionChildrenPraying* y *#ChildrenPrayingTheRosary* se han hecho virales en muchos

países, creando un sentimiento de comunidad global entre los participantes.

La iniciativa del millón de niños rezando el rosario ha recibido el apoyo de muchos líderes de la Iglesia católica, incluidos Papas. El Papa Francisco, en particular, ha expresado en repetidas ocasiones su aprecio por esta campaña, subrayando la importancia de la oración de los niños para la paz mundial.

Más allá del ámbito religioso, la iniciativa ha atraído la atención de educadores y psicólogos, que han destacado los beneficios de implicar a los niños en actividades que promuevan la reflexión, la compasión y un sentido de conexión global.

Objetivos de la campaña

La campaña Un millón de niños rezan el Rosario tiene varios objetivos clave:

1. **Educación espiritual:** Enseñar a los niños la importancia de la oración y del Rosario como parte integrante de su vida espiritual, para crecer en la fe.
2. **Honrar a la Virgen María:** La iniciativa refuerza la devoción mariana, elemento central de la fe católica.
3. **Aprender a rezar juntos:** El evento crea un sentido de unidad y solidaridad entre los participantes, superando las barreras geográficas y culturales.
4. **Promover la paz mundial:** La oración de los niños se considera una poderosa herramienta para invocar la paz en un mundo a menudo plagado de conflictos y divisiones.
5. A través de la oración, se anima a los niños a **reflexionar sobre los problemas mundiales** y su papel en la creación de un futuro mejor.

Cómo participar

Participar en la iniciativa es muy sencillo. Basta con

1. **Infórmate:** Visita la [web oficial de la AEC](#) para descargarte

materiales gratuitos, como carteles, cuentos ilustrados y guías de oración.

2. **Organiza un momento de oración:** Elige un momento para rezar el Rosario, el 18 de octubre (u otro día más cercano si el 18 no es posible). Puede hacerse en grupo o individualmente.

3. **Involucra a los niños:** de tu familia, colegio o parroquia en un momento de oración en común. Explica a los niños la importancia de la oración y el significado del Rosario. Anímales a participar activamente.

4. **Inscríbeteonline:** Registra tu participación en la web de la AEC para hacer oír tu voz y ayudar a alcanzar el objetivo del millón de niños.

5. **Comparte la experiencia:** Comparte fotos, vídeos y testimonios en las redes sociales utilizando el hashtag *#MillionChildrenPraying*. Esto ayuda a crear una comunidad global de oración

“Un millón de niños rezan el Rosario” es una iniciativa extraordinaria que demuestra el poder de la oración y la importancia de la fe. A través del rezo del Rosario, los niños de todo el mundo pueden unirse en una comunidad global de fe, aportando esperanza y paz. Unámonos a ellos en esta gran cadena de oración y ayudemos a construir un mundo más hermoso.